

EN EL CAMPO.—CUADRO DE LA SRTA. BRESLAU.

aquella especie de corrida inversa de toros, donde son muchos los acosados en vez de ser los que habrían de acosar.

Hecho ya un buen cargamento, regresan las barcasas al puerto, donde descargan y colocan en dobles, triples ó cuádruples líneas los mil cuatrocientos ó mil seiscientos atunes que aparecen tendidos como otros tantos voluminosos individuos de la raza negra de cerda acabados de sacrificar.

Me refiero á la isla Cristina, que fué donde presencié la operación.

Aquella isla, que hasta hace poco más de sesenta años se hallaba, como las demás del grande estero de Ayamonte, inculta y deshabitada, tenía por única vegetación algunas plantas marinas y una pequeña higuera: de aquí el nombre de *La Higuera* con que la isla es conocida en Ayamonte y pueblos inmediatos. Hoy tiene, entre fabricantes, industriales, pescadores y obreros de ambos sexos en las fábricas, próximamente cinco mil habitantes, en una población correcta pero apiñada, como lo ha exigido el corto espacio de que se ha podido disponer.

La parte donde se colocan los atunes al hacerse la descarga está en rampa con empedrado de cuña. Apenas concluida la operación de colocar en fila toda la pesca, se procede al descabezamiento, que se ejecuta con una gran cuchilla, especie de destal, igualmente ancha por el extremo que por el arranque del mango. De tres golpes, uno por la izquierda, otro por la derecha y el tercero por el centro y parte posterior, queda separada del tronco la cabeza. En seguida, con la misma gran cuchilla, se hacen tres incisiones hasta la cola en el abultado cuerpo, y se arranca en tiras longitudinales, quedando escueta la grande espina central, que lo mismo que la cabeza pasa luego á ser quemada en una fábrica de guano, situada fuera de la población.

Entonces se inicia un movimiento vertiginoso en todas las calles y fábricas: hombres, mujeres y niños, llevando en las manos enormes tiras de atún ensangrentado, atraviesan aceleradamente las calles que conducen á las fábricas, para depositar en ellas lo que ha de constituir la labor del día. No hay para qué decir cómo quedan en pocos minutos aquellas calles con tan incesante y copioso chorreo.

Por lo que hace al mar que lame la rampa donde se ha practicado el descuartizamiento, presenta un aspecto nada halagueño: profundamente enrojecido por los arroyos que han descendido desde la masa de atunes descuartizados, ofrece hasta la distancia de doce á quince metros el espectáculo de una grande ola de sangre.

Al movimiento en las calles corresponde el no menos vivo y acelerado en las fábricas. Según van llegando los que conducen las tiras, centenares de mujeres las colocan en las grandes pilas de piedra del suelo, ya alfombradas con una densa capa de sal: la colocación es artística y semejante á una ensambladura: viene sobre la capa de tiras otra de sal, y así sucesivamente hasta que rebasa la pila.

Empréndese después en el espacio de la fábrica la construcción de grandes barricadas de metro y medio ó dos metros de espesor y de igual altura, por el mismo procedimiento de capa de sal y capa de tiras de atún, que resulta casi prensado por el peso de aquella mole.

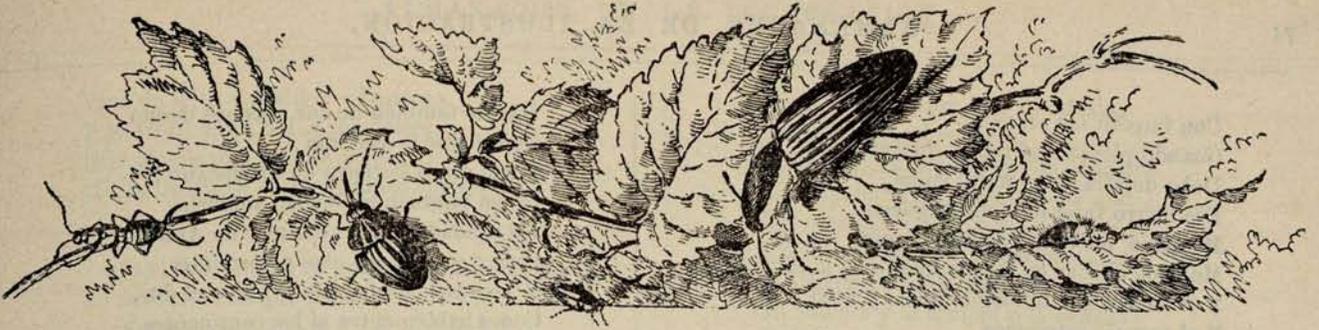
Así queda veinticuatro horas, transcurridas las cuales se procede á deshacer rápidamente la obra del día anterior, y á colgar para el oreo las tiras de atún, que si permaneciesen poco tiempo más apiladas, fermentarían intensamente, con las graves consecuencias de tan grande y violenta descomposición. La cubierta de las fábricas es un inmenso tendadero, donde se coloca y ventila el atún, ya abundantemente saturado de sal, que toma el color y casi consistencia de materia leñosa.

Y sin más operaciones, cátese hecha y derecha la mojama, la famosa mojama, que no es otra cosa que el atún como en cecina, exportado por millares de toneladas, sobre todo para la costa de Levante, y que mantiene con su producto las fábricas y los cinco mil habitantes de la isla Cristina, y los que benefician las almadrabas en el resto del litoral hasta el Estrecho.

Por lo dicho se comprenderá la discreción con que algunos tenderos de Madrid anuncian en sus escaparates: «Mojama fresca». Tanto valiera que anunciaran: «Bacalao fresco».

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.





LA ESCLAVITUD DEL RAYO

Á MI QUERIDO AMIGO EL INSIGNE ESCRITOR CASTRO Y SERRANO

Ante el soberbio trono en que se sienta
El Dios excelso que los orbes guía,
Los mundos rige y las estrellas cuenta,
Y desde el cual su mano omnipotente
Da movimiento al mar, enciende el día,
Hunde al Sol en las sombras de Occidente,
Presta á la luz cambiantes y colores
Y da á la Creación vida y aliento,
Trino á las aves y á los campos flores;
El rayo llegó un día, y abatido
Dijo con ronco acento:
—Perdóname, Señor; vengo vencido.
He perdido el poder que me hizo fuerte:
Heraldo de tu cólera divina
Era hasta ayer mi voz, nuncio de muerte.
Cuando del seno de la nube espesa
Se escapaba mi roja culebrina
Y el mundo y el mortal eran mi presa,
Todo á mi paso de terror temblaba,
Turbaba el miedo al corazón valiente
Y el criminal contrito se postraba.
¡Cuántas torres que al Cielo se elevaron,
Sólo al contacto de mi choque ardiente,
Á mis pies con estrépito rodaron!
Yo, del diluvio en la ocasión suprema,
Tu ejecutor al par y mensajero,
Anuncié con el trueno tu anatema,
Y rápido y certero,
Sólo mi fuego devoró más vidas
Que aquellas turbias aguas que invasoras
Por tu mano impulsadas y movidas
Cubrieron á la tierra vengadoras.
Me dijiste una vez: «Sodoma, ingrata,
Mis preceptos desoye impenitente,
Y de sus vicios el tropel desata:
Hunde en el polvo su soberbia frente.»
Y pronto vió tu cólera infinita

Que á mi empuje potente
Rodó en escombros la ciudad maldita.
Monumentos, alcázares, jardines,
Donde el lujo oriental juntó un tesoro;
Mesas dispuestas ya para festines;
Arcos de jaspe; columnatas de oro;
Ocultos camarines
Donde arde en vasos el preciado aroma;
Todo cayó hecho trizas:
En lecho de oro se durmió Sodoma,
Y despertóse en lecho de cenizas.
Siempre que tu poder buscó un castigo,
Tu mano justiciera
Como su ejecutor contó conmigo;
Mas hoy todo cambió: la voz del trueno
Ya del mortal el corazón no altera,
Ni tiembla el criminal, de espanto lleno;
Un niño mi ziszás tranquilo mira,
De mi antiguo poder con menoscabo:
El que inspiraba horror desprecio inspira;
El hombre me ha vencido y soy su esclavo.

—¿Tú del mortal soportas las cadenas?—
Dijo el Sumo Hacedor de cielo y mundo.
—Oye, oh Dios, el relato de mis penas—
Repuso el rayo, y prosiguió iracundo:

—Cuando surge la nube, en cuyo seno
Me dan escolta lúgubre y sombría
Granizo y lluvia y huracán y trueno,
El hombre, que antes á mi paso huía,
Hoy valiente y sereno
Desde su mismo hogar me desafía.
Con un hierro se burla de mi enojo;
Pues si sobre su mísera morada

Con ímpetu me arrojo,
 Cuando pienso que rota y quebrantada
 Debo dejarla como inútil ruina,
 Ese hierro fatal me mueve guerra,
 Me atrae, me subyuga, me domina,
 Me hace chocar en él, me hunde en la tierra,
 Y el trueno que me sigue ronco y seco
 Y al espacio estremece
 Al rodar, repetido por el eco,
 Carcajada parece
 Provocativa y recia
 Con que el hombre me ultraja y me escarnece,
 Diciéndome en mi faz que me desprecia.

¡Y si fuese esa sólo su victoria!—
 El rayo prosiguió;—mas no bastaba
 Al hombre altivo con tan poca gloria.
 Viendo que de la nube me arrancaba
 De un hierro con el mágico conjuro,
 Quiso su mente terca,
 Ya de su fuerza sobre mí seguro,
 Á la nube subir, verme de cerca.
 Y como quiso fué: subió atrevido,
 Luchó conmigo, me venció esforzado,
 Y sujeto á las leyes del vencido
 Me condujo á la tierra encadenado.

Ya en ella, así me dijo su arrogancia,
 Que sin piedad de mí se enseñorea:
 «Quiero que me suprimas la distancia;
 Mi palabra, que es luz, que es verbo y vida,
 Que es el ropaje augusto de la idea,
 Que es el alma, por ella revestida,
 Debe volar, soberbia y soberana,
 Y ser por todo el mundo obedecida.
 Llévala tú en tus alas por doquiera,
 Y al huracán, que de veloz se ufana,
 Sonroje y cause envidia tu carrera.»
 Y así fué. Sobre montes eminentes,
 Siempre cubiertos de perenne hielo,
 Por cuyas anchas faldas y vertientes
 Rueda el alud, se estrellan los torrentes
 Y entre flores se oculta el arroyuelo;
 Sobre bosques desiertos y sombríos,
 Donde la fiera en su caverna mora;
 Cruzando selvas y saltando ríos;
 Sobre la choza á un tiempo y el palacio,
 De la tierra señora,
 Devorando en mis alas el espacio,
 Pasó la voz del hombre vencedora.
 Y le dije al mortal, cuyas ideas
 Lograron su designio sobrehumano:
 —Tu mandato cumplí. ¿Qué más deseas?

«Quiero un esfuerzo más—dijo el tirano:—
 El mundo vale poco y es pequeño
 Junto á la inmensidad del Oceano;

Hazme también de sus abismos dueño
 Quiero que la voz mía,
 Como cruza la tierra en un instante,
 Cruce también la soledad sombría,
 No sondada jamás, del mar de Atlante;
 Quiero vencer sus olas y corrientes,
 Y ver, pues de mi triunfo luce el día,
 Cómo hablan entre sí los continentes.»
 Y la palabra humana, cuyo imperio
 Por doquier el dominio se asegura,
 Voló de un hemisferio á otro hemisferio.
 Por el lecho recóndito y profundo
 De la inmensa llanura,
 Crucé del mundo viejo al nuevo mundo.
 Y vi el fondo del mar; vi aquellos prados
 De madréporas y algas colosales;
 Vi sus montes enhiestos y escarpados;
 Vi del agua los limpios manantiales
 Brotar por entre grutas cristalinas
 Sobre bancos de perlas y corales;
 Vi bosques y llanuras y colinas,
 Y esparcidos á trechos,
 Sobre ásperos peñascos ó arenales,
 Restos de barcos rotos y deshechos.
 ¡Dramas que el hondo mar guarda y encierra
 Tras combates sangrientos y prolijos,
 Y á los cuales responden en la tierra
 Llantos de esposas y lamentos de hijos!
 Y le dije al mortal, de orgullo lleno:
 —El mar sufre tu yugo; su rey eres;
 Tu voz cruza en mis alas por su seno;
 El rayo te ha servido: ¿que más quieres?

«Quiero—dijo un amante—
 Que endulces el dolor de mi existencia:
 Ni una letra ni un signo son bastante
 Para el que llora males de la ausencia.
 ¡Te ufanas de tu triunfo neciamente!
 El rayo á la distancia habrá vencido
 Cuando la voz ausente
 Desde lejos se acerque á nuestro oído.
 Haz que oiga el mío, de su voz sediento,
 La de la hermosa cuya ausencia lloro;
 Que escuche su rendido juramento
 Y su tierno y dulcísimo «Te adoro»;
 Haz que escuche mi bella
 Los ardientes suspiros que le envío
 Y en vano luchan por llegar hasta ella,
 Y entonces será justa tu arrogancia;
 Pero hasta que yo logre lo que ansío,
 Subsistirán la ausencia y la distancia.»
 Y á su mandato dócil y obediente,
 Traje al amante, por la ausencia herido,
 La voz querida de su amada ausente.
 De nuevo el dulce beso,
 Ya que á su boca no, llegó á su oído,
 Y de nuevo escuchó con embeleso
 De su acento el reclamo,
 Que por mis raudas alas conducido

Vino de lejos á decirle: «Te amo».
Y al sentir endulzados sus dolores,
Dijo el amante, loco de ventura:
«De la ausencia he vencido los rigores.»

«¡Ay, no!—dijo una madre;—eso no es cierto;
La ausencia siempre dura;
¿Acaso no está ausente mi hijo muerto?
De su perdido amor, que era mi gloria,
¿Qué me queda? Una tumba ya cerrada
Y un dolor siempre vivo en la memoria.
Haz tú que de su voz idolatrada
Oiga el eco que endulza mi agonía;
Consérvame su acento;
Que yo escuche aquel dulce «Madre mía»,
De que mi corazón está sediento,
Y resignada con mi triste suerte,
Entonces menos dura y dolorosa,
Esperaré tranquila á que la muerte
Á unirnos otra vez venga piadosa.»
Y obediente al conjuro
Con que supo vencer mi resistencia
El amor maternal ardiente y puro,
De la muerte triunfé cual de la ausencia;
La madre obtuvo su anhelada palma,
La voz del hijo muerto tomó vida
Y á repetir volvió «Madre del alma»,
Y ella, de santo gozo estremecida,
Exclamó, dando tregua á sus dolores:
«Ahora sí que la ausencia está vencida.»

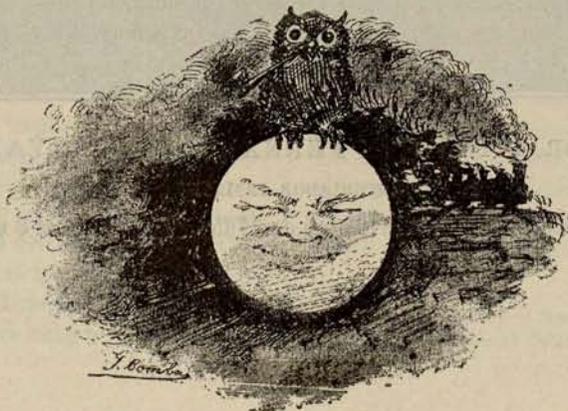
Y dije al hombre, de sufrir cansado
De su ominoso yugo los rigores:
—Dame la libertad que me has quitado;
Devuélveme á la nube; tu arrogancia
Ya triunfó de la tierra y de los mares,
De la ausencia, la muerte y la distancia,
Y libró de mis iras tus hogares.
¿Qué más quieres de mí? Poco te cuesta
Romper el yugo á que me ató tu mano.
¿Qué resta á tu ambición?—«La noche resta—
Me contestó implacable mi tirano.—
Tú eres la luz; yo mando en tu destino;
Baja ante mí la frente
Y alumbrá con tus rayos mi camino;
Quiero un día que dure eternamente.»

¡Y mi soberbia luz, por Ti creada,
De un vil alambre presa,
Á alumbrar al mortal se vió obligada
¡La luz del rayo, vencedor del día,
Un niño, sin temor y sin sorpresa,
Un resorte al tocar surgir hacia!
Y alumbré á un tiempo mismo
El palacio y el templo y la cabaña;
Bajé á la mina, visité el abismo,
Y á la cima trepé de la montaña;
Iluminé la orgía licenciosa,
Desenfrenada y ciega;
La velada dichosa,
Que á la familia en el hogar congrega;
Extendíme por villas y lugares,
Ciudades á la par y caseríos,
Y por segunda vez surqué los mares
Alumbrando en su ruta á los navíos.

Ante el soberbio trono en que te ostentas
Llego, oh Señor, rendido y humillado
Al peso abrumador de mis afrentas.
Tu hijo el rayo soporta resignado
El yugo del mortal, bajo el cual gime;
Rompe la esclavitud en que me miras;
Libértame del hombre que me oprime;
Devuélveme el poder que siempre tuve;
Hazme otra vez ministro de tus iras,
Y volviendo á la nube,
Desde la cual sobre la tierra impero
Con todo mi furor que no se doma,
Permiteme que abraza al mundo entero
Como hice á tu mandato con Sodoma.

Calló el rayo abatido,
Y Dios dijo en respuesta de esta suerte:
—Luchaste con el hombre y te ha vencido:
No te puedes quejar; tú eras más fuerte.
Mas no es su fuerza quien tu fuerza abate;
La inteligencia humana
Es la que te ha vencido en el combate,
Y ante ella nada puede tu energía,
Porque esa inteligencia soberana
La hice yo de un destello de la mía.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.





EXCMO. SR. D. MARTÍN FERNANDEZ DE NAVARRETE,
HISTORIADOR INSIGNE.

Nació en Ábalos (La Rioja) el 9 de Noviembre de 1765; † en Madrid el 8 de Octubre de 1844.

DON MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE



CLARO aparece ante la razón que las manifestaciones externas del ser humano que la Historia en sus páginas consigna, han de indicar los móviles internos que las produjeron. Y nótese bien: conocer el ser humano, no en su visible envoltura, no en su esqueleto, al decir de Espronceda,

De carne y nervios y de piel vestido;

conocer al ser humano en su unidad orgánica, donde ve el espiritualista la grandeza del alma inmortal, y el materialista el abismo de la nada, en que cae y desaparece toda existencia individual; conocer el ser humano en

lo que constituye la esencia de su vida, tal es el asunto, ó mejor dicho, tal es la aspiración de la ciencia. Así la Historia, en la época presente, debe ser la indagación de lo que hay de constante é invariable en la naturaleza humana, al través de sus estados evolutivos, desde la tribu salvaje, hasta el pueblo de más refinada civilización.

El carácter psicológico, ó fisiológico, para los que no creen en el espíritu, que debe revestir la Historia, ha sido sabiamente expuesto, y no siempre bien observado, por Mr. Hipólito Taine en su *Historia de la literatura inglesa*; pero aun los que estamos de acuerdo con las teorías del sagaz pensador transpirenaico, no por esto hemos de desconocer el mérito de los historiógrafos, que, sin entrar en disquisiciones filosóficas, han contribuido con sus obras á la averiguación de la verdad de los hechos, necesaria base de todo ulterior conocimiento; porque es invariable regla de buena crítica juzgar á los autores, no por el concepto absoluto de la perfección en el arte ó ciencia que cultivaron, sino por el estudio comparativo de lo que hicieron, en relación al estado de la cultura en el medio social de que vivieron rodeados. Conforme á tan justa regla de crítica, el autor de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV* merece ocupar puesto de pre-

ferencia entre los historiadores europeos que han alcanzado imperecedera fama en los comienzos de la presente centuria. Y al hacer tal afirmación, no perturban nuestro juicio las ilusiones del amor patrio; porque antes que nosotros la hizo el sabio alemán Alejandro de Humboldt, diciendo, al hablar de la *Colección de los viajes y descubrimientos*: «Esta obra de D. Martín Fernández de Navarrete, emprendida en vastas proporciones y redactada en todas sus partes con sana crítica, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos (1).»

Si la autoridad del ilustre Humboldt no pareciera suficiente, aun podrían citarse otras muchas en que se proclama el superior mérito de la obra histórica de D. Martín Navarrete; pero nos limitaremos, por ahora, á recordar lo que han escrito acerca de este punto un insigne escritor portugués y un doctísimo catedrático de la Universidad de Madrid.

Dice el Vizconde de Santarem en sus *Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Améric Vespuce*:

«El descubrimiento del Nuevo Mundo es un hecho de inmensa importancia, por la influencia que ha ejercido en el desenvolvimiento del espíritu humano. La astronomía, la física, la botánica, la mineralogía se han engrandecido con el caudal de nuevas observaciones y de numerosas experiencias. De la comparación de los idiomas, opiniones, usos y costumbres de los pueblos descubiertos con los antes conocidos, han resultado consecuencias de gran valor para la historia de los seres humanos. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo se han publicado ya más de tres mil obras sobre la historia y la geografía de esta vasta parte del globo terráqueo y sobre las expediciones marítimas que se verificaron desde el año de 1492, hasta el de 1540. A pesar de tantas obras, á pesar de las repetidas investigaciones acerca de las fechas de los primeros descubrimientos y de los navegantes que los hicieron, es lo cierto que en esta parte de la historia de la geografía ha existido, hasta los comienzos del siglo presente, una grandísima obscuridad. Hasta el año de 1825 las discusiones acerca de la historia del Nuevo Mundo habían sido asunto, más bien de alardes eruditos,

(1) *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, por Alejandro de Humboldt. Traducción de D. Luis Navarro. (Madrid, 1892.)

que de verdadera investigación científica; pero uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos (el Vizconde subraya las palabras de Humboldt) ha iluminado con sus resplandores gran número de puntos de capital importancia, que antes aparecían muy dudosos. Nosotros aludimos aquí á la obra histórica de nuestro sabio amigo el Sr. Navarrete; obra en que se presentan reunidos una gran cantidad de documentos y de noticias nuevas, que habrán de servir para enmendar los errores que existían en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, tal como se había escrito antes de esta importante publicación.»

En los artículos que publicó el Sr. Menéndez y Pelayo en la revista *El Centenario*, que se titulan: *De los historiadores de Colón, con motivo de un libro reciente*, dijo así: «Con la riquísima colección de Navarrete, publicada en 1825, se abre un nuevo período en estos estudios (los de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo), si bien ya los pocos documentos del *Códice colombo-americano* habían suscitado algunos trabajos de dudoso valor y poca trascendencia, como el de Bossi, en 1818, que rebosa el odio más ciego contra España, unido á una tan crasa ignorancia de nuestras cosas, que le hace poner en Madrid la corte de los Reyes Católicos, y confundir el reino de Granada con el de Navarra. Tales desafueros no eran posibles ya, después de la publicación de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, á la cual empezaron á acudir, como á fuente purísima, cuantos querían saber á ciencia cierta lo que por tanto tiempo había embrollado la fantasía y la calumnia.»

En otro lugar, en el *Prólogo* de la *Bibliografía colombina*, ha dicho el Sr. Menéndez y Pelayo que la *Colección de los viajes y descubrimientos* de D. Martín de Navarrete «es sin duda la piedra angular de la historiografía americana».

Otro libro escribió D. Martín Fernández de Navarrete, que puede presentarse, por varios conceptos, como modelo en el género á que pertenece. Ya se comprenderá, por los que se aplican á los estudios históricos, que aludimos á la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, que publicó la Real Academia Española al frente de la edición del *Quijote* hecha por dicha corporación en el año de 1819. Cierto es que el Sr. Navarrete no escribió un estudio filosófico acerca de la vida y las obras literarias de Cervantes; pero dentro del plan que se propuso seguir, á saber: formar con datos bien comprobados la parte biográfica del libro, añadiendo muchas é interesantes noticias históricas, que pueden servir para dar idea exacta del medio social que rodeaba al autor del *Quijote*; ciñéndose, digámoslo así, á relatar la vida externa de Cervantes y de la sociedad en que vivió; dentro de estos límites, el Sr. Navarrete hizo un libro en que la copiosa erudición no destruye la claridad del relato, y la sagacidad del crítico no degenera en la nimia observación de menudencias insignificantes.

Juzgando otros escritos del Sr. Navarrete, dice un autor anónimo: «La memoria escrita sobre las expediciones hechas por los españoles en busca del paso noroeste de América, que sirvió de introducción á la relación del viaje hecho en 1792 por Malaspina al estrecho de Fuca, fué elogiada por

el célebre geógrafo Malte-Brun, que en el año de 1826, en que la dió á conocer en Francia el Barón de Zach, se lamentaba hubiese estado ignorada tanto tiempo de la Europa obra de mérito tan relevante. La disertación sobre la parte que tuvieron los españoles en las Cruzadas fué muy útil á Mr. Michaud, según su propia confesión, para ilustrar la historia de estas sagradas expediciones.... La curiosa y sabia correspondencia que como director del Depósito Hidrográfico sostuvo con el Barón de Zach.... hizo variar la opinión de Europa acerca del estado de las ciencias en España en el presente siglo y en los pasados.»

Hemos transcrito las observaciones que preceden del *Prólogo de los editores*, que se halla en el primer volumen de la *Colección de opúsculos*, del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, dado á luz el año 1848, por los Sres. D. Eustaquio y D. Francisco Fernández de Navarrete, y en este *Prólogo* se elogia también la *Introducción* que puso el señor Fernández de Navarrete en su famosa *Colección de los viajes y descubrimientos*, diciendo que «fué una antorcha que iluminó con nuevos rayos la obscura historia de las expediciones marítimas de los españoles desde fines del siglo xv». Obsérvese que en esta *Introducción* levantó el Sr. Navarrete la bandera del patriotismo, mejor dicho, la bandera de la verdad histórica, destruyendo muchas de las calumniosas imputaciones con que los autores extranjeros manchaban la memoria de los Reyes Católicos, y de la mayor parte de los magnates portugueses, aragoneses y castellanos que más poderosamente influyeron en el descubrimiento y conquista de las tierras del Nuevo Mundo. La empresa iniciada por el Sr. Navarrete el año de 1825, en que vió la luz el primer volumen de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, ha sido gloriosamente continuada por el P. Ricardo Cappa, durante su residencia en América por los años de 1885, según puede verse en la primera edición de su libro *Colón y los españoles*; y en España, antes de que llegase la cuarta conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo, ya el P. Fidel Fita, el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro y los Sres. D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza habían puesto en punto de evidencia la verdad histórica, del todo conforme con las apreciaciones hechas por el Sr. Navarrete en la *Introducción* antes citada; y durante la celebración de dicho centenario se ha completado la vindicación de Portugal y España en varios escritos de las señoras Pardo Bazán y Duquesa de Alba, del P. Mir y de los Sres. Oliveira Martins, Pinheiro Chagas, Cánovas, Castellar, Ibarra, Paz y Mélia, Sales, Serrato y Stor.

Como obras póstumas del Sr. Navarrete se han publicado una parte de la *Biblioteca Marítima Española* (Madrid, 1851), costeada por el Ministerio de Marina, y la *Disertación sobre la historia de la Náutica* que dió á luz la Academia de la Historia en el año 1846. También se habían de incluir algunos escritos inéditos del Sr. Navarrete en la *Colección de opúsculos*, que antes mencionamos; pero esta obra quedó interrumpida y no pasó de su segundo tomo. En estos dos tomos se coleccionaron las biografías de algunos famosos navegantes, marinos militares y literatos, escritas por el Sr. Navarrete, que unas estaban inéditas y otras ya se habían publicado. En las biografías de los literatos y poetas D. José de Vargas y Ponce, Cadalso, Samaniego, D. Vicente de los Ríos, D. Tomás de Iriarte, Forner y García de

la Huerta se hallan algunas noticias curiosas y poco conocidas; y á este número pertenece la variación de criterio que tuvo el fabulista Samaniego para juzgar á D. Tomás de Iriarte, antes y después de la publicación de sus *Fábulas literarias*. Había escrito Samaniego:

En mis versos, Iriarte,
Yo no quiero más arte
Que tomar á los tuyos por modelo;
Á competir anhelo
Con tu numen que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser, ordena Apolo,
Que digno sólo tú, la pulses solo.

Poco tiempo después de impresas estas alabanzas, escribió é hizo imprimir D. Tomás de Iriarte sus *Fábulas literarias*, que realmente daban lugar á establecer puntos de comparación entre sus méritos y los de las fábulas de Samaniego un año antes publicadas. No le pareció bien á Samaniego el proceder de D. Tomás de Iriarte, y publicó en Victoria, sin nombre de autor, una crítica de las *Fábulas literarias*, y algunos años después un folleto, que se imprimió en Bayona, censurando en prosa y verso las obras de Iriarte. Dice el Sr. Navarrete, que de los epigramas que había en este folleto sólo recordaba el siguiente:

Tus obras, Tomás, no son
Ni buscadas, ni leídas,
Ni tendrán estimación,
Aunque sean prohibidas
Por la Santa Inquisición.

Asegura el Sr. Navarrete que el fabulista Samaniego «fué perseguido por la Inquisición por sus opiniones y escritos libres, y sólo el influjo de amigos poderosos pudo salvarle de esta persecución». Parece que no carecían de motivo las persecuciones inquisitoriales de que *no fué* víctima Samaniego, á juzgar por el epigrama que el Sr. Navarrete recordaba.

En los primeros años de su juventud había escrito el señor Navarrete gran número de composiciones poéticas, que fueron favorablemente juzgadas, según se dice, por personas tan competentes en la materia como lo eran, sin duda, Jovellanos, Meléndez, Forner é Iriarte. Estas poesías, que habían de publicarse en la *Colección de opúsculos*, parece que en su mayor parte aun se hallan inéditas.

Algo se mezcló D. Martín Fernández de Navarrete en las polémicas literarias, tan frecuentes en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del presente; pero en este género de escritos, en lo que puede llamarse la crítica literaria *al día*, sólo conocemos un artículo suyo acerca de las fábulas de Samaniego y del nuevo rumbo emprendido por D. Tomás de Iriarte en sus *Fábulas literarias*. Este artículo lleva la fecha del 20 de Mayo de 1782; es decir, que el Sr. Navarrete aun no había cumplido diez y siete años cuando lo escribió, y sin embargo, pudiera creerse que es obra de sesudo varón, alejado ya por el tiempo de los arrebatos de la juventud y nutrido asiduamente en el estudio de los preceptistas clásicos.

Nótese que D. Martín Fernández de Navarrete, que por la profesión que había seguido era marino militar y por sus particulares aficiones poeta y literato, escribe siempre acerca de las materias que por sus estudios le son bien conocidas, arte de navegar, descubrimientos geográficos, cosmografía, historia literaria; y nótese también, que esta condición de hablar de lo que se entiende, debiera ser patrimonio de todos los escritores científicos, y sin embargo no sucede así. Cierta es que las obras de medicina suelen estar escritas por médicos; las de matemáticas, química, física y otras varias ciencias por los que á su estudio se dedican; pero de las guerras y su historia han escrito multitud de personas ajenas á todo conocimiento militar; cuestiones de derecho político y de derecho internacional han sido tratadas en obras históricas por poetas y novelistas, que acaso desconocían la existencia de las llamadas ciencias morales y políticas; y de filosofía trata todo el mundo, sin más estudios previos que los necesarios para aprender á leer, escribir y contar; y hasta sin ningún estudio, si la facundia del preopinante corre parejas con la osadía de su ignorancia.

Acerca de las historias del descubrimiento del Nuevo Mundo, los autores que en la primera mitad del siglo presente han escrito con más acierto han sido: el alemán Alejandro de Humboldt, que era un sabio en las ciencias físico-matemáticas; el portugués Vizconde de Santarem, que se dedicó con asiduidad al estudio de la Geografía, y nuestro D. Martín Fernández de Navarrete, que por su profesión y por sus conocimientos especiales en Cosmografía, pudo ver en toda su grandeza la obra que llevaron á cabo los portugueses y los españoles durante dos centurias, desde los comienzos del siglo XV, hasta los del XVII, obra que consistió en dar á conocer experimentalmente la configuración y el tamaño del planeta en que vivimos.

Muchas son las biografías que se han escrito del Sr. Navarrete; pero las que contienen mayor número de pormenores y de atendibles juicios son la publicada por el célebre obispo D. Félix Torres Amat, en el libro titulado: *Apéndice á la vida del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, arzobispo de Palmira* (Madrid, 1838), y la que vió la luz en la *Galería de Españoles célebres contemporáneos* (Madrid, 1841), debida á la pluma del fecundo publicista D. Fermín Gonzalo Morón. Murió el Sr. Navarrete el martes 8 de Octubre de 1844, y cuatro días después, el 12 de Octubre, publicóse en la *Gaceta de Madrid* su necrología redactada por D. Eustaquio Fernández de Navarrete, y en el número del *Semanario Pintoresco* correspondiente al 15 de Diciembre de 1844 apareció una biografía, ó más bien, un merecido elogio histórico de *El Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete*, firmado por D. Luis Villanueva, que se proclamaba discípulo y cariñoso amigo del sabio que acababa de morir.

Las noticias biográficas consignadas en los escritos del obispo Torres Amat, y de los señores Morón, Navarrete (D. Eustaquio) y Villanueva, fueron ya reproducidas ó ya extractadas por Mr. Dufflot, en su obra *Mendoza y Navarrete* (Paris, 1845); por D. Pedro Sáinz de Baranda y don Miguel Salvá, en el comienzo del tomo VI de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*; por don

Manuel del Campo, en la *Revista Científica* (Madrid, 1847); por el vicealmirante Pavia, en su *Galería biográfica*, y por los autores de los artículos biográficos insertos en la parte publicada de la *Biblioteca Marítima Española* y en los *Diccionarios* de Larousse, Mellado y otros semejantes.

En los estrechos límites en que hemos de encerrar estas noticias biográficas, sólo podemos consignar aquí que D. Martín Fernández de Navarrete nació en Ábalos, en la noche del 8 al 9 de Noviembre de 1765, y que fueron sus padres D. Francisco Fernández de Navarrete y su legítima mujer D.^a María Catalina

Jiménez de Tejada. Siendo menor de edad ingresó en la inclita y militar orden de San Juan de Jerusalén, como caballero de Justicia, lo cual prueba la nobleza de su linaje, que por ambas líneas, paterna y materna, pertenecía, según se dice, á los más ilustres de Navarra y de la Rioja. Estudió lo que por aquel entonces se llamaba Humanidades en el Seminario de Vergara; pero pronto dejó este género de tareas literarias, y trocando el libro por la espada, sentó plaza de guardia marina en el departamento del Ferrol, el año 1780; y poco después, embarcado en el navío *San Antonio*, fué incorporado á la escuadra que mandaba D. Luis de Córdoba; tomó parte en la guerra contra los ingleses que á la sazón hacían unidas Francia y España; se halló en el

sitio de Gibraltar del año 1782 y en el combate del cabo de Espartel. Hecha la paz con Inglaterra en 1783, fué destinado al departamento de Cartagena é hizo varias campañas de corso contra los moros en los años de 1784 y el siguiente, hasta que se firmó la paz con la regencia de Argel. Declarada la guerra á la República francesa, el Sr. Navarrete solicitó ser destinado á la escuadra que operaba á las órdenes de D. Juan de Lángara, en la cual prestó distinguidos servicios de guerra, así en la entrada en Tolón, como en los auxilios dados á la plaza de Rosas, y en otras varias ocasiones.

Nombrado D. Juan de Lángara en 1796 secretario de Estado y del despacho universal de Marina, llamó á su lado al Sr. Navarrete, dándole el destino de oficial tercero en la Secretaría de Marina. En 1806 ascendió á oficial mayor de la misma Secretaría, y en 1807 fué nombrado ministro fiscal del Consejo Supremo del Almirantazgo.

El Sr. Navarrete había contraído matrimonio en Murcia el año 1797 con la Sra. D.^a Manuela de la Paz y Galtero, y ocupado en el cuidado de su hogar doméstico, cumpliendo con rigurosa exactitud las obligaciones que sus altos cargos

le imponían, y sin olvidar sus favoritos estudios de historia y literatura, vivía sin duda, hasta donde es posible en este mundo, feliz y tranquilo, cuando la invasión napoleónica vino á turbar su pacífica existencia. Conocedor el ministro de Marina del intruso rey José I de las dotes del Sr. Navarrete, quiso confirmarle en el cargo de ministro fiscal del Consejo Supremo del Almirantazgo; pero su españolismo rechazó esta merced, respondiendo oficialmente: «Repugna á mi conciencia y al derecho natural contribuir á la muerte de mis padres, hermanos y parientes, y en fin, al de toda mi Nación, ligándome á una causa que ésta resiste con las armas en la mano. Todo lo que se puede exigir de mí es que sea un ciudadano pacífico, y bajo esta consideración renuncio á todos los em-



LOS MEJORES AMIGOS.

pleos que pueden forzarme á ir contra estos principios de honor, de patriotismo y de sana moral.» Este lenguaje usaba el Sr. Navarrete contestando al ministro D. José de Mazarredo, su antiguo compañero y jefe, que había tomado partido á favor de los franceses en nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

La Academia Española y la de Nobles Artes de San Fernando habían abierto sus puertas al Sr. Navarrete, y en la de la Historia ingresó el año de 1800, leyendo un *Discurso sobre los progresos que ha tenido en España el arte de navegar*, que se imprimió el año de 1802. Al ingresar en la Aca-

demia Española también había leído el Sr. Navarrete un *Discurso sobre la formación y progresos del idioma castellano, y sobre la necesidad que tiene la oratoria y la poesía del conocimiento de las voces técnicas ó facultativas.*

No desempeñando ningún cargo oficial el Sr. Navarrete desde que rechazó el nombramiento del ministro Mazarredo, se ocupó con asiduidad incansable en sus estudios de historia de la marina y de las letras españolas, viviendo hasta el año de 1812 en Madrid, y después en Cádiz y en Murcia. En el año 1814 pidió y obtuvo su jubilación, y fijó su residencia en Madrid.

Las ideas políticas de D. Martín Fernández de Navarrete sin duda no le inspiraban grandes entusiasmos ni rudas intransigencias, pues le vemos vivir tranquilo durante las revueltas del período liberal iniciado por la revolución del año 1820; le vemos aceptar durante la *ominosa década*, que decían nuestros mayores, la dirección del Depósito Hidrográfico, y publicar en 1825, bajo la protección de S. M. don Fernando VII, el primer tomo de su *Colección de los viajes y descubrimientos*; y al comenzar el reinado de Isabel II es nombrado prócer del Reino, y andando el tiempo ocupa repetidas veces los escaños del Senado como representante de Logroño, y figura entre los políticos liberales, aunque mezclándose poco en las luchas de los partidos.

Desde el año de 1814, en que fijó su residencia en Madrid el Sr. Navarrete, hasta el de 1844, en que entregó su alma á Dios, transcurrieron treinta años, durante los cuales fué puntual su asistencia á las juntas de las Reales Academias de que formaba parte, como director de la Academia de la Historia, como bibliotecario de la Española y como vicepresidente de la de San Fernando. Cuando, teniendo en cuenta su ancianidad, le indicaban sus amigos el peligro que corría al salir de su casa en las frías noches del invierno, no hacia caso de tan cariñosas advertencias, y contestaba resueltamente: «El hombre ha nacido para el trabajo, y si no puede trabajar, debe morirse.»

Los temores de sus amigos se realizaron, porque el señor Navarrete cayó enfermo con un catarro pulmonar, y á pesar de los cuidados de su médico de cabecera, el académico de la Española D. Mateo Seone, falleció, como ya dijimos, el martes 8 de Octubre de 1844, en la casa que hasta hace poco tiempo ha ocupado la Real Academia Española, calle de Valverde, núm. 26.

Poeta y soldado valeroso en su juventud, funcionario integérrimo en su edad madura, trabajador incansable en todas las épocas de su vida; creyente en el bien que produce el conocimiento de la verdad y afanándose por encontrarla, ya en el libro olvidado, ya en el manuscrito casi ilegible, ya en el estudio de las ciencias físico-matemáticas, así fué D. Martín Fernández de Navarrete: su figura histórica, tan conforme con la posible elevación de miras y pureza de motivos que hacen de la sabiduría camino de la virtud, su figura histórica aparece tan noble y tan humana, que no necesita los falsos resplandores de la fantasía, ni las primorosas frases de la retórica, para merecer la simpatía y el aplauso de las presentes y futuras generaciones.

Si llevasen título las diversas partes de que consta este bosquejo biográfico, la presente se llamaría: *Las des-*

dichas póstumas de D. Martín Fernández de Navarrete.

En la exposición de pinturas de la Academia de San Fernando que se verificó el año de 1837, presentó D. Vicente López un magnífico retrato del Sr. Navarrete, del cual es una copia, hecha por D. Valentín Carderera, el que ahora existe en la Real Academia de la Historia. Hemos procurado averiguar el paradero del retrato pintado por D. Vicente López, y nuestros esfuerzos han resultado infructuosos. ¿No sería conveniente que para honrar la memoria del señor Navarrete y la de su célebre retratista se buscara y adquiriera por el Estado dicha obra pictórica y se colocara en un Museo, como medio de evitar su desaparición?

Don Martín Fernández de Navarrete, según consta en su partida de defunción, estaba viudo cuando se verificó su muerte; dejó por herederos de todos sus bienes á sus hijos D. Antonio Gervasio, D.^a María Micaela, D.^a María de la Concepción y D.^a María Luisa, y fué enterrado en el cementerio de la puerta de Fuencarral en la tarde del 10 de Octubre de 1844. El individuo de número de la Real Academia de la Historia D. Cesáreo Fernández Duro, encargado de buscar el sitio donde se hallaban sus restos mortales, para pedir fueran trasladados al Panteón de Marinos Ilustres, ha descubierto que la familia del sabio marino no compró sepultura perpetua para enterrar su cadáver, y después del medio siglo que ha transcurrido desde el día de su muerte á los que hoy corren, sus huesos se hallan hace tiempo en el hoyo común, sin que haya medio de reconocerlos.

En el año 1848 los Sres. D. Eustaquio y D. Francisco Fernández de Navarrete comenzaron á publicar una obra titulada: *Colección de opúsculos del Excmo. Sr. D. Martín Fernández de Navarrete*; obra en que habian de presentarse reunidas todas las biografías y disertaciones y las mejores poesías que había escrito el Sr. Navarrete; pero al final del segundo tomo se halla una *Advertencia*, donde dicen los editores que se suspende la publicación de los tomos restantes, por falta de medios para costear su impresión. Así han quedado sin ver la luz pública muchas poesías y varios trabajos en prosa del Sr. Navarrete.

Dejó el Sr. Navarrete casi concluida, ó mejor dicho, concluida, aunque no revisada, una *Biblioteca Marítima Española*, y dicen que por el Ministerio de Marina de la nación francesa se hicieron proposiciones á los herederos de su autor para la compra del manuscrito y su impresión en castellano; pero por patriotismo, ú otras causas, no fueron aceptadas estas proposiciones; y entonces nuestro ministro de Marina, que lo era el ilustre D. Alejandro Oliván, facilitó á los hijos del Sr. Navarrete los medios para que se publicase por cuenta del Estado la *Biblioteca Marítima Española*; que, con efecto, se publicó en parte, bajo la inteligente dirección del brigadier de la Armada D. Jorge Lasso de la Vega; pero la mala estrella que sin duda perseguía la fama póstuma de D. Martín de Navarrete ocasionó tales dificultades, en los momentos de la terminación de la obra, que, ya impreso todo el tomo III, dicen que se vendió al peso del papel, sin llegar á encuadernarse más que dos ejemplares; uno de los cuales ha de hallarse, según nos han asegurado, en la biblioteca del Depósito Hidrográfico, y el otro lo vimos hace años en un puesto de libros, y no sabemos dónde habrá ido á parar.

Se cuenta que fué muy escaso el número de concurrentes al entierro del Sr. Navarrete, y alguien hubo que se lamentó

de esta muestra de indiferencia pública respecto á tan insignificante escritor; pero afirman que atajó sus reflexiones un conspicuo personaje político y capitán valeroso por mar y tierra, exclamando: «¿Y quién era D. Martín Fernández de Navarrete? *Un cartapaciero.*» ¡Así suelen maltratar á los sabios los que están muy lejos de serlo!

Refiere el Sr. Fernández Duro en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (número del mes de Junio de 1894), que dicha Academia, en la Junta celebrada la noche del viernes 11 de Octubre de 1844, encargó al académico de número D. Marcial Antonio López que escribiese un elogio histórico del Sr. Navarrete. El Barón de la Joyosa es mucho más conocido como académico que como escritor, puesto que pertenecía á las tres Reales Academias en aquel entonces existentes, la Española, la de la Historia y la de San Fernando, y los libros que ha escrito quizá sean noventa y no lleguen á tres. Sea de esto lo que quiera, el Barón de la Joyosa no escribió el elogio del Director de la Academia de la Historia D. Martín Fernández de Navarrete, y el acuerdo tomado en la Junta académica de 11 de Octubre de 1844 quedó incumplido. En compensación de este contratiempo, nuestro amigo D. Antonio Sánchez Moguel nos indicó que en la *Galería de Riojanos ilustres* (Valladolid, 1888), escrita por el doctor D. Constantino Garrán, había un estudio biográfico acerca del Sr. Navarrete que merecía leerse, para decir de su autor lo que el discreto fácilmente comprenderá. En efecto, el Sr. Garrán, desentendiéndose de todo lo que se ha escrito acerca de la vida y las obras científicas y literarias del Sr. Navarrete, cita como única fuente de conocimiento las *Memorias biográficas de los varones ilustres de la Rioja*, por D. Francisco Javier Gómez, y para juzgar del mérito de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* se limita á recordar los artículos que publicó en *La Ilustración Española y Americana* D. Julio de Sigüenza, donde se afirma que el Sr. Navarrete fué el primero que dijo que D.^a Isabel de Saavedra era hija natural de Cervantes. Al saber esto, monta en cólera el Sr. Garrán y exclama, subrayando las palabras en la misma forma que nosotros lo haremos:

«Nuestro paisano Navarrete sería tan *sumamente ilustrado* como quiera D. Julio de Sigüenza; tan *distinguido académico*, si no más, que el Sr. Marqués de Molins y los otros *amantes de las letras* que biografiando á Cervantes le han seguido; pero (á la verdad lo suyo) *enriqueció la vida del sin par escritor* con una imputación ligera, falsa y horriblemente injuriosa para la memoria del honrado y caballeroso Manco de Lepanto, del cristiano y virtuoso cautivo de Argel, del esclavo del Santísimo Sacramento, Miguel de Cervantes Saavedra. Gravísimo error y pecado literario, que jamás perdonarán las letras españolas á nuestro paisano Navarrete.»

Es el caso, que recientemente se ha encontrado un testamento de D.^a Isabel de Saavedra, en que dice que su madre se llamaba D.^a Ana de Rojas, y como Cervantes jamás estuvo casado con esta señora, resulta que el Doctor Garrán tendrá que confesar, mal de su grado, que el Sr. Navarrete no hizo la imputación ligera, falsa é injuriosa que le cen-

suraba con ligereza de juicio, falsedad de conceptos y acritud de palabras muy próximas á la injuria.

El Sr. Garrán da dos noticias desconocidas de todos los biógrafos de D. Martín de Navarrete. Dice que «por una carta de un querido amigo nuestro, sobrino de los Navarretes, hemos sabido que D. Martín llegó á ser ministro de Marina.» Hasta ahora sólo el Doctor Garrán y *el sobrino de los Navarretes* saben que D. Martín Fernández de Navarrete llegó á ser ministro de Marina. Puede que con el tiempo esta noticia deje de ser un secreto de familia.

La otra novedad que se halla en la biografía escrita por el doctor D. Constantino es haber incluido entre las obras de D. Martín de Navarrete la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, obra fundada bajo el amparo de su nombre, pero dirigida realmente por los señores D. Miguel Salvá y D. Pedro Sáinz de Baranda.

Dejemos en paz al doctor D. Constantino, y ya que hemos hablado de la *Colección de documentos inéditos*, para poner término á estos apuntes biográficos, recordaremos un hecho que cuentan los Sres. Salvá y Sáinz de Baranda, y en el cual se manifiesta el concepto que tenía el Sr. Navarrete acerca de lo que debía ser la historia en la época presente. Al entregar al Sr. Navarrete, como director de la Academia de la Historia, el último cuaderno del tomo III de la *Colección de documentos inéditos*, le dijo un académico: «Al fin ya se han concluido tres tomos.» Y al oír estas palabras, contestó con viveza: «Trescientos habian de ser, y que los viese yo en mi librería; porque sin estas publicaciones, nunca tendremos historia de España.»

Los críticos contemporáneos nuestros, que conceden á la publicación de los documentos inéditos mayor importancia que á los estudios que pueden hacerse sobre los textos ya conocidos, verán que D. Martín de Navarrete en la primera mitad del siglo presente ya pensaba de ese mismo modo, llevando hasta el extremo el rigor de sus opiniones; puesto que afirmaba que no habría historia de España, que no se conocería nunca la verdad histórica, sin el auxilio de publicaciones semejantes á la *Colección de documentos inéditos* que bajo su patrocinio se había fundado. La fe en la ciencia, que, como la religión, la ciencia requiere el entusiasmo de la fe en sus cultivadores; la fe en la ciencia es uno de los rasgos que más avaloran el carácter del Sr. Navarrete. Trabajó mucho y muy constantemente, porque siempre creyó en la posibilidad de que el ser humano llegue al conocimiento de la verdad, si para lograr este fin emplea todas las fuerzas de su entendimiento y las energías de su voluntad. Creyó don Martín Fernández de Navarrete en la bondad y trascendencia de la sabiduría humana; y esta creencia disciplinó su entendimiento y dirigió su voluntad, haciendo que predomine en sus obras, no el deseo del vulgar aplauso ó del mezquino lucro, sino el santo amor á la verdad, fundamento de todo progreso humano; porque ya enseñó la divina palabra: la verdad os hará libres; esto es, libres de todo linaje de errores y de los males sin cuento que del error se derivan.

LUIS VIDART.

Madrid, 4 Julio 1894.





¡HULE!

Vestido con guiñapos de colores,
Sudoroso y febril, el pobre espada,
Liando la muleta, va hacia el toro,
Que muge de dolor, espanto y rabia.

Al hombre empujan al brutal combate
El aliciente de mezquina paga
Y aquel rumor del oleaje inquieto
Que en gradas y tendidos se levanta.

Llega al bruto por fin. La roja tela
Mueve, agita y ondea desplegada
Para excitar el bárbaro coraje
De la res, que con ímpetu se arranca.

Y otra vez, y otra más. Y tantas veces,
Que al público molesta la tardanza,
Y entre insultos groseros, se impacienta
Por ver cuál de los dos es el que mata.

Pide á la honrilla el pobre novillero
Valor forzado, se perfila, avanza,
Y aprovechando el momentáneo arrojito,
Los ojos cierra y el estoque clava.

Revuélvese la fiera; un alarido
De profundo terror llena la plaza,
Y cae en tierra el hombre, y huye el toro,
Que tinto el cuerno del encuentro saca.

Poco después, tendido en la tarima,
Pálido el rostro, turbia la mirada,
Mientras cubren su herida con vendajes,
Oye el herido retumbar lejano

La tempestad de aplausos y silbidos
Que al acabarse cada suerte estalla
Para animar los lances de la lucha,
Que sigue, entre el bullicio de las masas.....

Y al fin, cuando las sombras de la noche
Á duras penas á romper alcanzan
Los recién encendidos farolillos
De tranvías, simones y tartanas,
Avanza lentamente una camilla
Entre la multitud que ríe y canta

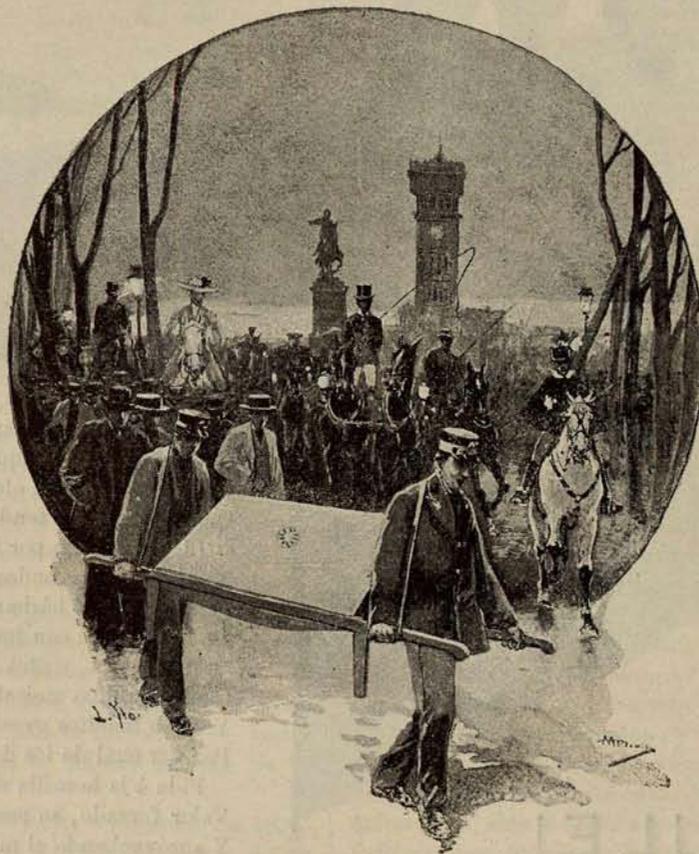
Y el monótono estruendo de las ruedas
Y el áspero chasquido de las trallas.

Al paso de la triste comitiva
Callan los grupos, y á escuchar se paran
Los roncros estertores del herido,
Que lucha de la muerte con las ansias;

Mientras del circo, que á la espalda queda,
Brillando surgen y los aires rasgan
Cohetes de melenas luminosas,
Lluvia de fuego que al caer se apaga.

Y cuando, para alivio á la fatiga,
De la camilla el hule se levanta,
Se ve una cara livida allá dentro
Al brillante fulgor de las bengalas.

SINESIO DELGADO.





LOS NARANJOS. — CUADRO DE JOAQUÍN SOROLLA.

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



Ó Manolo, según se le nombraba generalmente, si como literato tenía personalidad; en su trato social y en la intimidad era digno de estudio.

«Un conjunto inarmónico», al decir de un literato insigne; «un convaleciente de loco», en sentir de otro escritor no menos ilustre; «un corazón en libertad»; «un poeta del siglo XVII que sobrevivió á su época, con sus puntas de soldado y sus galanterías de caballero»; «un niño por dentro», soñador y caprichoso; «una imaginación sin freno».

Todo esto se ha dicho del popular escritor, y de todo tenía.

En su trato era, efectivamente, un niño, con todas sus vanidades y sus gracias, y aun sus impertinencias, á las veces, con la amistad y con el compañerismo.

Apuntar anécdotas, oportunidades y rasgos de su vida íntima, es tarea larga.

Aparte de cuantos le atribuyen inmerecidamente, en la vida de Manolo hay suficiente número para formar algunos tomos del tamaño de aquellas novelas por entregas que escribía para los señores Manini, Guijarro y otros editores á quienes ayudó á enriquecer.

Como algunas de nuestros maestros de los siglos XVI y XVII, Manolo fué soldado en sus principios.

Soldado y valiente, según él, y aun en sentir de algún compañero de armas.

Demostraba las altiveces del caballero y los francos hábitos del militar.

Quién dice, aunque no sé si con verdad, que en la losa cineraria que cierra la sepultura del honrado progenitor del poeta granadino, se lee lo siguiente, mandado esculpir por Manolo:

«Aquí yace el padre de Manuel Fernández y González.» Como queriendo significar: «que á nada habría llegado si no fuera mi padre», ni á muerto, tal vez. «Gloria de reflejo de este sol de la patria.»

¡Qué era ver á Manolo, con su uniforme de caballería y sus galones de sargento—me decía un contemporáneo del insigne escritor—y su espada, arrastrando casi siempre, para llamar, con el ruido, la atención á su personalidad,

cuando entraba en algún establecimiento ó en espectáculo público!

Se imaginaba un caballero cristiano que volvía rendido por el cansancio de matar moros, ó después de limpiar de moriscos las Alpujarras, ó de combatir en Lepanto, al lado de D. Juan de Austria y de Miguel Cervantes Saavedra.

Verdad es que otras veces se sentía moro andaluz que bajaba en brioso caballo cordobés por la cuesta de los Gomeles, con el blanco alquicel flotando al aire, y seguido de turba de jinetes moros que le escoltaban.

Por entonces, no siendo moro, sino luciendo el uniforme de sargento de caballería, realizó una de sus aventuras caballerescas, llamémosla así.

Ello fué en el café titulado de *Platerías*, en Madrid y en la calle Mayor.

El motivo aun no está definitivamente aclarado por los cronistas; pero la versión más verosímil es la siguiente:

Entró el sargento Fernández, solo y con su sable arrastrando, según costumbre, y fué á sentarse hacia los medios del salón del café, junto á un velador del centro.

En el contiguo tomaban café dos buenas mozas.

Sobre si el camarero que las servía se extralimitó del cumplimiento de sus humildes funciones, ó por si ellas se quejaron, aunque fuera sin fundamento, Manuel increpó duramente al mozo.

Replicó éste, gritaron las mujeres, enteráronse los concurrentes de la pelea entre militares y paisanos, y tomaron el partido del camarero, contra la milicia y las faldas.

Entonces fué cuando Manolo Fernández, desenvainando la espada, y echando por delante á las señoras, llegó hasta la puerta del establecimiento; y allí, y viéndolas ya en salvo, abierto de piernas y como si se afirmara en los estribos de la cabalgadura para arremeter contra los malandrines, gro-

seros con las damas y follones, blandiendo á un tiempo el sable y gritando, dijo:

—¡Aquí eztoy yo, zolo, para hacerlos enmudecer á todos, juntos ó separados, insensatos, que *chiyáis* como mujerzuelas; aquí me tenéis, dispuesto á defender cara mi vida!

Sobrevino ó sobrellovió algún proyectil, disparado por tal cual parroquiano contra el caballero andante.

Pero la mediación del dueño del establecimiento y de otras varias personas, que le ayudaron en su tarea, logró que prevalecieran los temperamentos de prudencia, y así terminó la aventura caballeresca.

—Por una pequeñez andábamos á tajos y estocadas—solía contar Manolo, aludiendo á la época de sus aventuras.—Ya se sabia: duelos á muerte. Íbamos al terreno y principiábamos por abrir una zanja, y ayí enterraba el vivo al muerto; luchábamos hasta no poder ya con el acero, y el vencedor acorralaba al vencido, hasta la fosa, donde le arrojaba zin vida.

—¿Eso era frecuente, Manolo?—le preguntaba algún amigo, bien por curiosidad fingida, bien para exasperarle.

—Yo no tuve lances de esos—respondía;—es decir, que no maté, porque perdonaba en viendo rendido al enemigo.

Manuel conservó estos instintos belicosos hasta sus últimos años.

En un almuerzo con otros varios literatos, uno de ellos, para molestar á Fernández y González, aventuró un juicio no muy favorable de una de las obras dramáticas del insigne escritor.

Entonces Manolo, empuñando un cuchillo que tenía al lado, como como cuchillo de mesa, y á grandes voces, exclamó, levantándose del asiento:

—¡Ea! ¡Acortemos razones! ¡Matemos ya!

Afortunadamente la fiesta no paró en drama, sino en comedia.

—¿Dónde está ese crítico—voceaba, entrando en la redacción de un periódico, á la sazón muy popular;—ese que se mete con mi *Cid*? que vengo á envolverle en un número del periódico para arrojarlo por un balcón á la calle.

—Pero, D. Manuel, calma, calma—le dijo el director del diario.

—¿Qué D. Manuel? Yo no soy D. Manuel; yo soy el padre del *Cid*; solamente que á mi no hay quien me ponga ni la vista encima.

En el cuarto del primer actor D. Manuel Catalina, en el vestuario del teatro Español, estaba una noche Fernández y González, según costumbre, cuando entró otro crítico, que había tratado malamente otra obra teatral del popular autor.

Uno de los contertulios en el cuarto de Catalina, dijo en voz baja á Manolo:

—Ahí tienes á..... Fulano.

—¿Cuál es? ¿cuál es?—preguntó con interés Fernández y González.

—Aquel que se ha sentado en el diván, debajo del mechero de gas.

Manuel, que era miope, se levantó pausadamente, y sacó un cigarrillo de papel.

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó el amigo.

—Nada, déjame—respondió el insigne poeta.

—Estate quieto.

—Caya y verás.

Se aproximó como para encender el cigarrillo en la luz, y dominando al crítico y mirándole de arriba abajo, con voz cavernosa y entonación y gesto despreciativos, dijo:

—¡Átomo!

Y se volvió á su asiento, sin decir más palabra.

Era soberbio, y no es mi misión añadir si merecía serlo. En este terreno son innumerables los rasgos de Manolo Fernández y González; algunos de ellos son otras tantas pruebas de su ingenio superior.

—¿Quién crees tú que es más novelista, Cervantes ó tú?—le preguntó un día Zapata.

Y él, sin disgustarse ni demostrar extrañeza, respondió con frescura:

—Te diré.

—Ese acto último del *Cid* es flojo—le decía un compañero, después de terminar el estreno.

—Sí, decae un tanto, y es lástima—corroboraron otros.

Manolo, sin inquietarse y con aquella difícil facilidad que tenía para las réplicas, respondió:

—Es un acto provisional, caballeros.

—Me parece—me decía la noche en que se estrenó en el Español su drama *Cisneros*—que ha sido un éxito, ¿eh, Palacicos?

—¡Ya lo creo!—afirmé.

—Doce llamadas á escena—continuó;—aplausos en toda la obra..... ¿eh?

—Y han estado bien los actores—apunté.

—Si, Antoñillo ha apretao y Miguel ha hecho un obispo Acuña del naturá.

Se refería á Vico y á Cepillo.

—¡Qué hermoso retrato el de Acuña y qué hermoso romance el de la primera escena del acto segundo!—me atreví á indicar.

—¡Ahora que escriban dramas todos esos! ¿eh? Y que no me he traído yo al teatro á mis morenos.

«Sus morenos» eran multitud de gentes del pueblo sano, seres fantásticos de quienes él creía disponer, lo mismo para salvar un drama que para dar la batalla á cualquier gobierno en las calles, ó para lanzarse al campo ó invadir algún país extranjero.

Los morenos nunca acudieron, ni hacían falta.

La Europa era el título de un periódico fundado por Mr. Detroyat, en Madrid.

Á Fernández y González encomendó el folletín, y empezó á publicar *La Reina de las Gitanas*, novela *cañí*, según él.

Nos veíamos casi á diario, y él procuraba encontrarme para decirme invariablemente:

—Vamos á ver, Palacicos, ¿qué tal va eso? ¿Es verdá? Son flamencos los tipos, ¿eh? ¿Y el lenguaje? *Cañí* puro, ¿verdá? Ahora viene una situación en que la gitaniya.....

Me honraba con su predilección y me obsequiaba en los últimos años de su vida, y aun llegó á iniciarme en la secta que se proponía fundar.

Una secta de dos solos: él y yo.

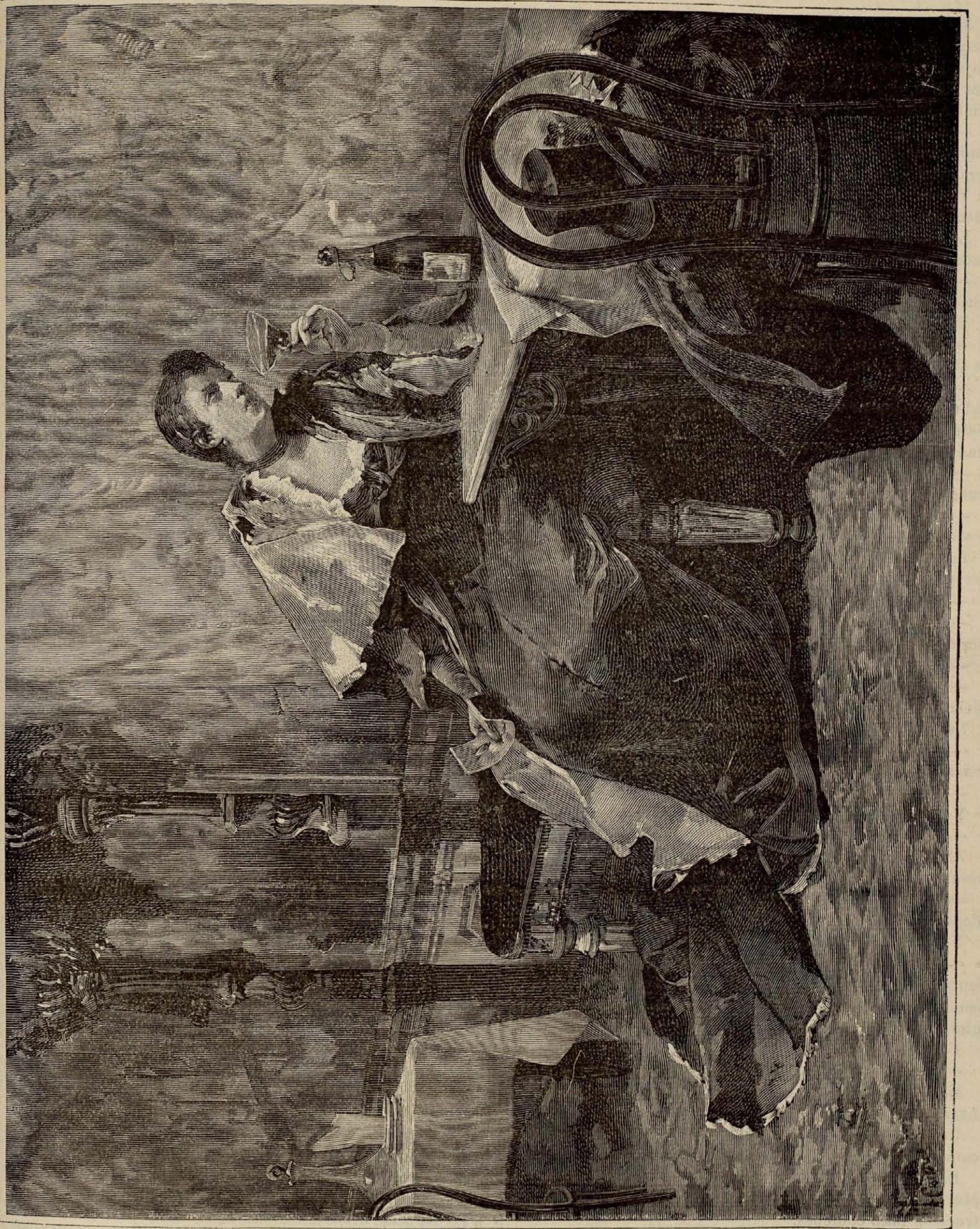
La base filosófica era «el dominio por la mirada».

—Mira usted á uno ó á una, con fijeza y..... nada, que le subyuga.

Nunca dí en la impertinencia de preguntarle:

—Bien, maestro; y luego ¿qué?

Llegamos hasta las experiencias.



EL CHAMPAGNE. — ACUARELA DEL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO FERRANT.

Me llevó algunas noches, al salir de la redacción de *El Imparcial*, adonde iba á buscarme y á entregar algún trabajo de colaboración, á un almacén de espíritus, no divinos por cierto, donde servía una moza recién venida del pueblo, tímida y salvaje, á la par.

—¡Hola, Mariquiya!—la decía;—mira, aquí traigo á un amigo mío, á quien le gustan, como á mí, las muchachas modestas y buenas.

Y la miraba con fijeza, tocándome con el codo para que atendiese al efecto experimental.

La moza, naturalmente, bajaba la vista entre avergonzada y molesta.

—¿Lo ve usted?—me decía luego.—Pues lo mismo se puede hacer con el hombre más bravo.

Yo añadía para mí:

—Y ese hombre le sacude al sectario una bofetada que le quita la cabeza.

—De esto, ni una palabra, Palacicos; nada hasta el día del triunfo—me recomendaba;—porque las religiones y los sistemas filosóficos necesitan mártires, y hoy nos martirizarían con la sátira, que es el martirio moderno.

—¿Y cómo va en *La Europa*?—le preguntaba yo alguna vez.

—Bien; esos franceses son muy bien educados—me contestaba.

Pero llegó un día en que le encontré irritado contra Detryat. «Venía del periódico», según me manifestó.

—¿Qué es eso, D. Manuel?—le interrogué.

—Que estoy harto de ese tío; antes tanto «Musiú Emanué por aquí, Musiú Emanué por allá, y.....»

—¿Qué?

—Que esos franceses son inaguantables, y que, ya se lo he dicho, aquí va á haber cualquier día un dos de Mayo con él. De su estancia en París contaba maravillas.

—Á mí me leyó una comedia Dumas, le di unos consejos y resultó el primer drama del teatro francés.

—¿Cuál es?—le preguntaron.

Y él respondió en seguida:

—No se representó.

Atacando á Revilla porque en una de sus críticas le censuraba:

—Es un imbécil—decía á voces en el saloncillo del Español.

Y uno de los circunstantes objetó:

—Esa es pasión nada más, Manuel: Revilla tiene un talento muy claro y muy nutrido; es hombre que juzga con suma exactitud; de usted mismo dice siempre que es una gloria nacional.

Y Fernández y González se apresuró á decir:

—No, si no tiene pelo de tonto: ¡ya lo creo! que es malo.

En sus tiempos prósperos vivió en un hotel del barrio de Argüelles.

Un hotel sin más muebles que una mesa, dos sillas y una cama. Pero tenía coche y secretario particular.

El tipo del secretario merecía capítulo aparte: el pobre Mariano Lerroux, que era un hombre de ingenio y de instrucción poco comunes.

¡Y cómo hablaba Manolo de su palacio, y de los ricos artonados de sus salones, y de la armería, y de los jardines con estatuas y fuentes de mármol!.....

Cuando rompía á hablar, generalmente de asuntos propios, no había medio de atajarle; se quedaba solo.

Acompañaba una noche lluviosa, desde el café de Levante, de la puerta del Sol, hasta su domicilio, á un contertulio y compañero en letras.

Este, por no estar aguantando el chubasco en la calle, abrió la puerta y ambos amigos se guarecieron en el portal.

Pero para no estar á obscuras iba encendiendo cerillas el acompañado, hasta que se le concluyó el surtido.

—Ea, Manolo, se han gastado todas—dijo como despidiendo á Fernández y González.

Pero éste, sacando de un bolsillo otra caja, la entregó á su amigo, diciendo:

—Toma, que la he comprado ahora mismo y está llena.

En las semblanzas y en los calificativos de varios escritores contemporáneos, era sangriento, pero ingeniosísimo.

Su arrogancia era inmensa.

—¡Esta es la casa de Calderón y Lope, esta es mi casa!—gritaba á un actor empresario del teatro Español, con quien había disputado por asuntos teatrales.—Usted es un advenedizo y na más.

Notas delicadas no faltaban en la vida de Fernández y González, aunque no sean tan conocidas.

Había llegado á creerse invulnerable á la miseria, y ta vez la muerte le ha librado de verse miserable.

En la vida literaria hay futuro y pretérito; el presente no existe.

Jóvenes que prometen y viejos decadentes.

Esta es la opinión vulgar.

Manuel perdió un hijo, al cual quería como quiere un padre.

Por entonces me acompañaba hasta mi casa todas las noches.

—Era una como esta—me decía enternecido;—lluviosa y fría: yo veía morir á mi hijo por minutos, como se ve extinguir una lámpara que se seca. Cerré las puertas y las ventanas para detener á la parca. Pero entró y me arrebató la vida de mi ángel.... Entonces renació el hombre, para devorar el dolor del padre y consolar á la madre desesperada. «No te aflijas, la dije. Si hay otra vida, tu hijo está en la gloria; si no hay más ayá, tu hijo es polvo, ceniza....» ¡Ah! si yo hubiera tenido la seguridad de que había otra vida, como creo, me levanto la tapa de los sesos, Palacicos, para irme con mi hijo. Pero me detenía, pensando: «Desgraciado, ¿cómo vas á conocer, en medio de esa inmensidad de luz, cuál era el átomo que constituía el espíritu de tu hijo?» Aunque hay una voz secreta que me responde: «Por la conciencia.»

Y en el fondo de todas sus arrogancias, bien mirado, hay algún fundamento.

—Yo soy Cervantes y Calderón y Lope y Schiller y Shakespeare, lo soy todo: lo que tengo yo es que soy muy modesto.

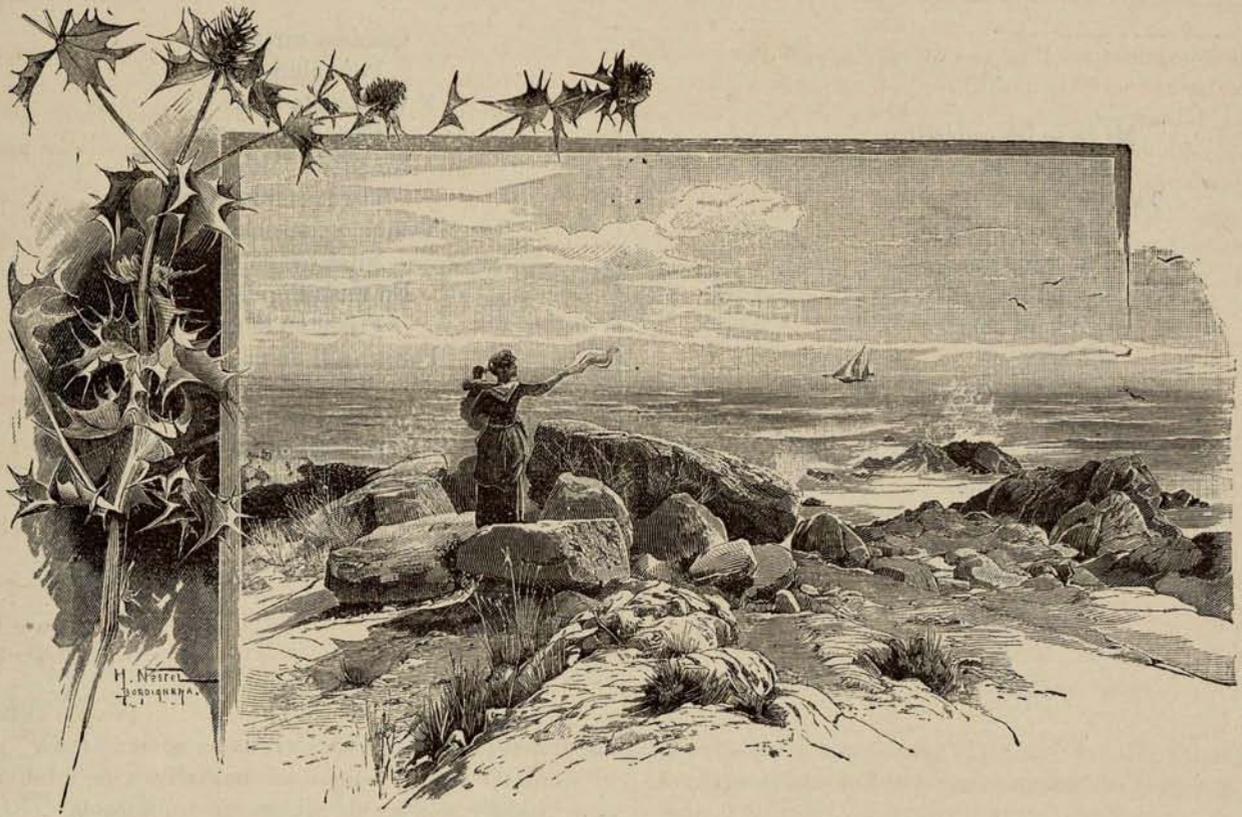
Una carcajada de la reunión, compuesta de profanos, acogió estas declaraciones francas del novelista insigne.

Y Manolo, con aquella facilidad y gracejo con que acudía á las réplicas, dijo:

—Pues, si no fuera modesto, ¿estaría aquí entre vosotros?

¡Pobre Manolo! Decía bien: aun era modesto.

EDUARDO DE PALACIO.



LO QUE DICE UNA MADRE

I.

Ante Aquel que con sangre
 Regó el Calvario,
 La madre cuelga al hijo
 Su escapulario.
 Los símbolos elige
 De sus amores;
 Imágenes benditas,
 Santos y flores.
 —¡Hijo de mis entrañas!—
 La madre dice—
 Mi amor irá contigo,
 ¡Dios te bendice!
 Buscas por esos mares
 Otra ribera,
 Bajo los santos pliegues
 De una bandera.
 No haces tú la jornada
 Del peregrino:
 Más glorioso que todos
 Es tu camino.
 Pero como en la guerra
 Ronda la muerte,
 Al perderte de vista
 Temo perderte.

II.

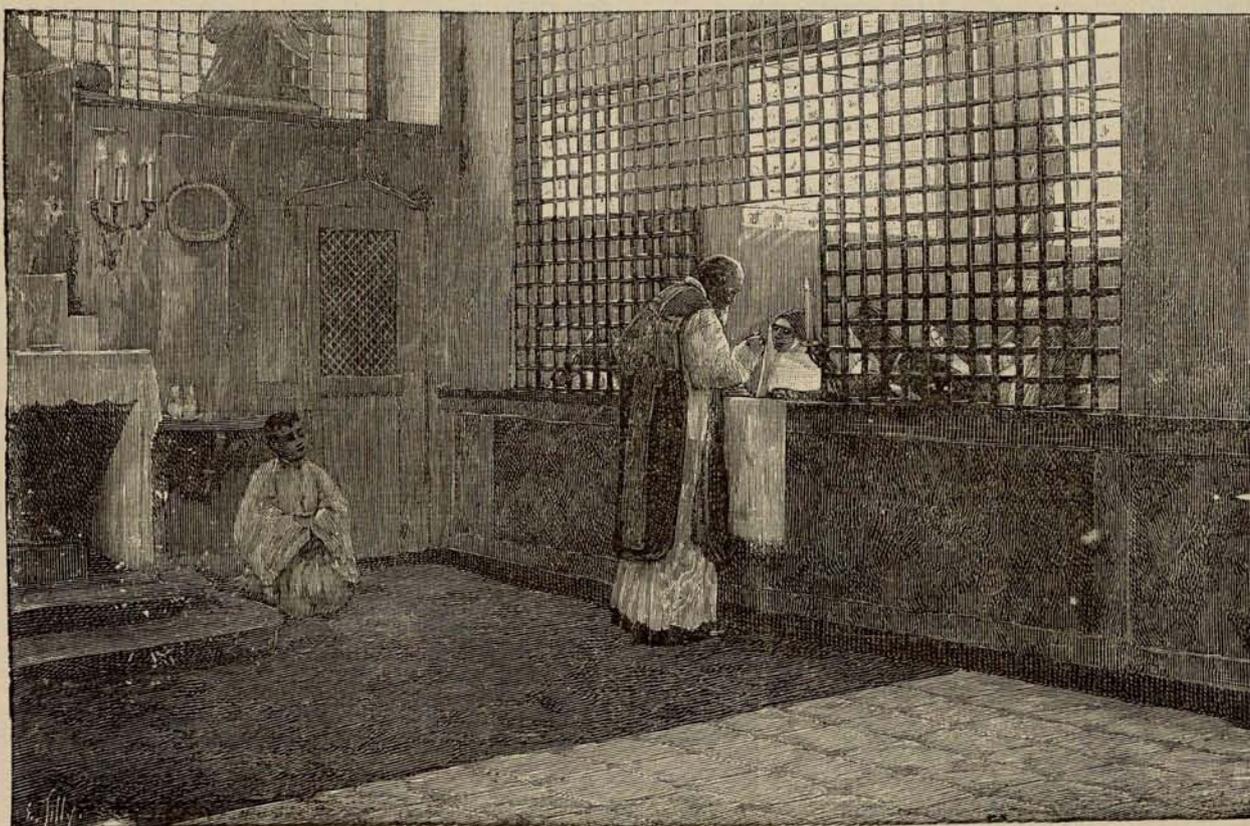
Hay alguien que conmigo
 También se inmola;
 Sé que para llorarte
 No estaré sola.
 Aunque no lloraremos
 De igual manera;
 Tal vez otras te olviden
 Y yo me muera.
 Encontrarás mujeres
 Por tu fortuna;
 Pero madre en el mundo
 No hay más que una.
 Desdeña los halagos,
 Pompas y honores;
 Que nada es tan eterno
 Cual mis amores.
 El sol cuando en los mares
 Hunde su frente,
 Más bello al otro día
 Brilla en Oriente.
 Tal vez nuestra ventura
 No esté lejana,
 Y como el sol, te alejes....
 Hasta mañana.

III.

Mi fe te irá guiando,
 Mi amor te escuda;
 Te defienden mis rezos
 Y Dios te ayuda.
 Yo no veré tu barco
 Que al mar se fia;
 Pero yo haré contigo
 La travesía.
 Cuando ya no descubras
 Árbol ni monte,
 Búscame en los celajes
 Del horizonte.
 Y cuando al cielo mires
 Doliente y mudo,
 Citame en un lucero,
 Verás si acudo.

Quisiera ser estrella
 Para alumbrarte,
 Y vientecillo leve
 Para empujarte.
 No sufras, hijo mío,
 Por más que llores;
 También consuela el llanto
 Nuestros dolores.
 En mis reliquias vive,
 Fíjate en ellas;
 Porque allí de mis manos
 Están las huellas.
 Y al llevarte mi beso
 De despedida,
 Si el beso no es bastante,
 Toma mi vida.

ANTONIO GRILO.



LA COMUNION EN UN CONVENTO DE BENEDICTINAS.

CUADRO DE EMILIO RENARD.

EL DOCTOR FAUSTO EN LA HISTORIA

EN LA LEYENDA, EN LA POESÍA Y EN EL ARTE



ESPAÑA tiene en su *Amadis de Gaula*, por el caballero de Medina del Campo García Ordóñez de Montalvo, un espejo de caballeridad, una Biblia estética en los tiempos de transición de la Edad Media al tiempo nuevo, el más famoso de los *Libros de caballería*, en el que el guerrero encontraba el tipo de un héroe invicto, el amante el modelo de una fe inquebrantable, el noble el dechado de un vasallo devotísimo a su rey y señor.

Así como las novelas caballerescas se apoderaban de la fantasía del apasionado y entusiasta pueblo español, los *libros populares de Fausto* llenaron la imaginación del severo pueblo alemán, pues hay en ellos algo que impresiona fuertemente al corazón humano: la figura dolorida y titánica de *Fausto*, esa encarnación del afán inextinguible de traspasar las barreras puestas al hombre por la Divinidad, de penetrar los arcanos de lo infinito, de escalar el cielo y de conquistar la copia del ilimitado conocimiento espiritual, la copia de un inmenso goce sensual y el dominio sobre el mundo de los Espíritus desafiando al mismo Dios; esa figura que ha vivido en el mundo real, en el suelo germano, en la atmósfera espiritual de los Paracelso, Lutero y Ulrico de Hutten, y que el genio de Goethe levantó a las regiones del ideal, es eterna, es la humanidad, y errando como ella, cae en el pecado y en la culpa, y purificándose como ella, sube a las alturas serenas.

Adán y Eva que sedujo el demonio bajo la forma de una serpiente para que comiesen el fruto del árbol del conocimiento, son los primeros representantes de Fausto.

Algo de esas ansias perdurables, algo faustino hallamos en Pigmalión y Prometeo, y las tradiciones del Oriente nos hablan de varones llenos de sabiduría sobrehumana y capaces de sujetar a los Espíritus a su voluntad. Mágicos semejantes son Zoroastro, Moisés y Salomón, que con su ciencia invadieron y limitaron los dominios de lo desconocido y lo invisible. La magia penetró también en la antigüedad cristiana y en la Edad Media. La intervención diabólica en esas tentaciones de nuestra impotencia y nuestro orgullo

aparece en la historia de Cipriano, famoso encantador de Antioquia, que refirió primeramente San Gregorio Nazianceno. Conocido es aquel Fausto medioeval, de nombre Teófilo, que, seducido por su ambición, hizo pacto con Luzbel; pero arrepentido, alcanzó la gracia de la Madre de Dios y el perdón. La misma suerte tenían Militarico, Heliodoro, Tannhäuser, Klinsor en su lucha contra lo invisible y contra lo desconocido.

Pero en los tiempos del Renacimiento, en que se descubrieron nuevos mundos maravillosos y el espíritu humano conoció su fuerza altiva, había de nacer aquel *Fausto* arrogante que quiere perderse más que someterse arrepentido; y había de ver la luz en la tierra nebulosa que produjo a Hámlet.

La primera mención del *Doctor Fausto* histórico, que no ha de confundirse con el impresor Fust, el compañero de Guttenberg, data del año 1507, lanzando el abad de Sponheim, Trithemio, su ira contra aquel joven atrevido que se denominaba príncipe de la nigromancia, vanagloriándose con conocimientos inauditos en la astrología y en las ciencias naturales, pero que, según dicho abad, que se preciaba asimismo ser maestro en las artes secretas y recónditas, no era sino un fatuo, un embustero, un escolar vagante, cuya ignorancia superara a su insolencia. Conforme con Trithemio está el testimonio del humanista Muciano Rufo referente a la estancia de Fausto en Erfurt en 1513. Pero otros testimonios de contemporáneos del Doctor nos muestran al nigromante honrado de los sabios y obsequiado en 1520 en la corte del Obispo de Bamberg Jorge III de Limpurgo, que fué la Acrópolis del humanismo y un refugio de la libre vida espiritual. No se desdeñaba el Obispo de Bamberg mandar le sacase el horóscopo. Pero en 1528, a pesar del título de filósofo que se dió el Doctor, fué desterrado de Ingolstadt. Dicen que ante sus discípulos resucitó a los héroes homéricos. Nació, según los unos, en Knittlingen (Wurtemberg) y, según los otros, en Roda, cerca de Weimar. Estudió la magia en Cracovia. En 1540 murió pobre. Sobre el personaje semihistórico y semifan-



EL PRIMER VESTIDO DE BAILE.—POR RENÉ REINICKE.

tástico de *Fausto* escribió Teodoro Llorente, en el prólogo de su admirable versión de la tragedia de Goethe, y Antonio Sánchez Moguel, en su excelente *Memoria acerca de «El Mágico Prodigioso» de Calderón, y en especial sobre las relaciones de este drama con el «Fausto» de Goethe* (Madrid, 1881).

Los teólogos de Wittemberg, que creían en el diablo y que con austeridad inexorable consideraban la Biblia como norma de todo pensar y creer, hicieron de Fausto la antítesis de Lutero, la personificación viviente del orgullo humano que no respeta aquella norma, sino que descansa en sí mismo. Pero una ciencia que no tenía por origen la Biblia había de emanar del diablo. Así la leyenda empezó a atribuirle un pacto diabólico.

Aquella contemplación hallamos en la primera narración de la vida y hazañas del descreído Doctor Juan Fausto, contenida en el libro anónimo impreso por Juan Spies en 1587 en Francfort sobre el Meín. El crimen del Doctor en Sagrada Teología y Medicina es su especulación de lo infinito. Tomaba las alas del águila para investigar los abismos del cielo, y forzaba al diablo á llevarlo al mundo sideral y revelar le los arcanos del infierno, pareciéndose el Fausto de la leyenda á los gigantes que se perdieron por haber querido hacer la guerra á la Divinidad. Quien quiere subir alto, ha de caer alto. Eso lo demuestra la leyenda de Fausto ya en su primera factura, mezcla de lo grotesco y lo terrible. Para Fausto no hay salvación: he aquí el rasgo duro del protestantismo.

Conforme al modo con que una época considere la relación entre la ciencia y la fe, considerará á Fausto y ha de condenarle ó absolverle. El siglo XVI le condenaba desterrándolo al infierno, mientras el siglo XVIII le hizo subir al cielo. El autor del libro dado á la estampa por Spies le atribuye todo género de vicios, aunque eso no cuadra con un sabio que se consume por su sed de saber.

Pronto salió una segunda parte de la historia de Juan Fausto, cuyo protagonista era su fámulo Wagner, el heredero de la nigromancia.

Las leyendas más aventureras de la superstición vinieron cristalizándose en torno del personaje de Fausto, á quien el libro popular atribuye hazañas que pertenecieron á otros. Así, el perro negro en que se escondía el diablo figura ya en la historia del coetáneo de Fausto, Cornelio Agrippa de Nettesheim, y en la del papa Silvestre II, el amigo de Othón III.

En 1599 publicó en Hamburgo el maestro Jorge Rodolfo Widmann otra *Historia de Fausto*, aumentándola con historias que acerca del Doctor corrian en los círculos estudiantiles, y con una copia de prolijas notas. El médico nurembergués J. N. Pfitzer dió á luz en 1674, en Nuremberg, otro libro faustino, más breve y más popular que el de Widmann, sirviendo la nueva obra de fundamento á los libros populares que se venden en las ferias, mostrando á los sencillos aldeanos el triste papel que hace el impío Fausto. Y la Musa popular engendraba muchas canciones cantando las hazañas y la horrible muerte del Doctor irreligioso que se entregaba á los arcanos de la magia, que habían penetrado también los Alberto Magno, Juan Tentónico, Scoto y Paracelso.

Del libro popular impreso por Spies sacó en 1590 el asunto

de su mejor tragedia el coetáneo de Shakespeare, Cristóbal Marlowe, muerto en 1593. Marlowe, cuya *Historia trágica* se estrenó en Londres medio siglo después del fallecimiento del protagonista, pintó al titán que quería ser igual á Dios y que como Ícaro tomaba el vuelo hacia el sol, hasta que se derritieron sus alas de cera y cayó en el suelo.

En Alemania, donde los comediantes ingleses estrenaban el drama de su compañero Marlowe, se publicaron entretanto *libros cabalísticos* bajo el nombre de Fausto, mientras los genuinos escritos de éste, según dice la crónica de Zimmern, se hallaban en el lugar de su muerte, en Staufen, cercano á Zimmern. El libro cabalístico más viejo figurando bajo el nombre de Fausto se titula *Dr. Joh. Fausts Gaukeltasche*, y fué dado á la estampa en 1607; pero no es sino una colección de inocentes remedios de la magia natural que desde Plinio se han conservado hasta nuestros días.

El Fausto de la leyenda y la magia de los libros cabalísticos pasaron también á la poesía dramática de Alemania.

No se conoce el nombre del autor del drama popular *Vida y muerte del gran mágico Juan Fausto*, ni el tiempo en que nació éste; sólo sabemos que su encanto principal consistía en las escenas mágicas cuyo título se ha conservado todavía, y en los chistes del gracioso. El drama que se titula ya *Ex doctrina interitus*, ya *La sabiduría seducida por el amor á las mujeres*, empieza con un prólogo en el infierno, comenzando la tragedia en el estudio de Fausto, donde éste pacta con el diablo, recibiendo el pacto un cuervo que vuela por los aires. Con las escenas severas alternan las ocurrencias burlescas del gracioso, que imita á su señor en evocar espíritus, pero no sale airoso por ser muy torpe y tosco. No faltan las relaciones de Fausto con la hermosa Elena de que habla ya el libro popular, y termina el drama con la bajada al infierno del Doctor y un baile de alegría de las Furias.

No es de extrañar que los teatrillos de muñecos ó polichinelas alemanes hayan beneficiado el drama popular de Fausto, contribuyendo la versión que los teatrillos dieron á aquel argumento horrorífico á popularizarlo, de suerte que Alemania estaba enamorada de su Fausto, lo mismo que España de su Burlador de Sevilla.

El primer cartel del *Puppenspiel del Doctor Fausto* (comedia de muñecos) que se conoce, data de los principios del siglo pasado. No se ha alterado en los *Puppenspielen* el carácter del relato primitivo. El único texto que se ha conservado del siglo pasado es el manuscrito de Munich, escrito en 1762 y titulado *Una tragedia extraña*.

Cuando las sencillas representaciones de los teatrillos de muñecos no bastaban ya al gusto más refinado, los poetas se apoderaron de aquel argumento, diciendo Lessing que el drama popular de Fausto tiene escenas que no desdeñaría haber concebido el genio de Shakespeare.

Es lástima que Lessing haya dejado su drama de *Fausto* sin terminar. Se conoce sólo el esbozo del prólogo y de los cuatro primeros actos.

En 1777 escribió el dramaturgo vienés Pablo Weidmann un *Fausto* alegórico, que en 1782 se estrenó en Nuremberg bajo el nombre de Lessing, aunque no puede imaginarse mayor contraste que el que existe entre éste, que apreciaba la fuerza dramática del antiguo drama popular, y Weidmann, que no se proponía sino crear un drama con tenden-

cia moral, haciendo de Fausto un libertino sin escrúpulo alguno.

Llegó el período llamado *de genio*, que traspasaba todas las barreras. Aquel período, parecido al Renacimiento, había de resucitar al antiguo Fausto, que no tenía al mismo Luzbel. Presentóse en nueva forma el problema de Fausto en el drama fantástico y genial del pintor Federico Müller, *Vida de Fausto* (Mannheim, 1778); en la novela consistente de cinco libros, *Vida, hazañas y bajada al infierno de Fausto*, por Federico Maximiliano Klinger (San Petersburgo y Leipzig, 1791); en la farsa de Jacobo Miguel Reinhold Lenz, y en la fantasía dramática de Juan Federico Schink (Berlín, 1804), el primero que habla de un pacto condicional de Fausto con Mefistófeles, y de quien se burlaban las xenias de Goethe y de Schiller.

Pero Goethe, que se apoderó de aquel *argumento incommensurable* con todo el vigor de su juventud, llevándolo en la imaginación y en el alma durante toda su vida, y llenándolo aún con la sabiduría profunda de su ancianidad, llegó á la cúspide de la poesía faustina, hallando la palabra eternamente salvadora para el hombre apasionado y cargado de culpa:

«A quien se esfuerza aspirando, lo salvaremos.»

El *Fausto* de Goethe, cuyo primer fragmento salió en 1790 de las prensas de Leipzig, y cuya primera parte, tal como hoy la conocemos, se publicó en 1808, apareciendo la obra entera en 1831, es un cuadro acabado del poeta y de su tiempo, un cuadro de la Alemania del siglo pasado, de una época faustina sin reposo y calma, que hasta se complacía en su buscar sin hallar, en su lanzarse á lo infinito sin guía alguno; pero el *Fausto* de Goethe es mucho más todavía: es un grandioso cuadro del mundo, un drama psicológico cuyo protagonista no es un individuo, sino el hombre verdadero que se basta á sí propio por la energía de su espíritu, de su voluntad, de su aspiración para emprender la lucha gigante con el universo.

Podría decirse de la concepción de Goethe lo que el arcángel Rafael dice en el *Prólogo en el cielo* que nos recuerda el libro de Job:

«Como al salir sonriente de la nada,
Aun es la obra de Dios sublime y bella.»

Dice bien Enrique Heine al hablar del *Fausto* de Goethe y de sus predecesores en el prólogo de su poema de baile titulado *Fausto*: «Abraham engendró á Isaac, Isaac á Jacob y Jacob á Judá, en cuyas manos quedó eternamente el cetro de Israel»; y añade Antonio Sánchez Moguel en su citada Memoria: «Del mismo modo la historia de Fausto engendró su leyenda, la leyenda, los relatos y las manifestaciones poéticas de esta leyenda, todo para dar por resultado el poema de Goethe, en manos del cual permanece y permanecerá siempre el cetro de la poesía faustina.»

Quizá un Aristarco dirá que al *Fausto* de Goethe le falta la unidad de la personalidad, pues el Doctor rejuvenecido por la magia, el de la tragedia del amor, es otra persona que el maestro, el de la tragedia de la duda. Bajo las manos de Mefistófeles, el Doctor Fausto se convierte, de un titán, en un galanteador. Pero cada escena, cada bosquejo, cada

cuadro es una obra cumplida y poética, una joya. El primer monólogo de Fausto figurará siempre entre lo más profundo que haya producido la poesía de todos los tiempos. Asíocianse al grandioso prólogo, iguales por su valor artístico, los cuadros de una esfera más humilde, en los que vemos á la sencilla y entrañable Margarita, que pertenece por completo á Goethe, al valiente soldado Valentín, á la incomparable tercera Marta; las animadas escenas populares; la preciosa escena del jardín, mientras Mefistófeles, que hiere los espíritus con su mordaz ironía, con el rayo deslumbrador de la verdad, se hace el gracioso de las escenas de género. Cuanto habla Mefistófeles, ese bufón malicioso, tiene una importancia canónica para el escepticismo que menosprecia á Dios y al mundo.

La fantasmagoría de la segunda parte de *Fausto* se hará más oscura en el transcurso del tiempo, y no parece hecha sino para ser una fuente inagotable para glosas y comentarios críticos.

Entre los intérpretes del *Fausto* de Goethe mencionaremos al colofón Enrique Düntzer, á los suabos Juan Koestlin y Federico Vischer, al silesio Kuno Fischér, al badense Reichlin-Meldegg, al suegro del hispanófilo Pablo Heyse, Mauricio Carriere, y al francfortés Vito Valentín.

La fuerza gigante de la obra inmortal del vate de Francfort, residente en la patria de Fausto, no ha desanimado á los poetas alemanes á ocuparse del mismo asunto, aunque muchos ensayos, como el de Grillpazer, han quedado fragmentos. Un fragmento escribió Chamisso en 1801; un *Fausto* publicó Klingemann en 1815; Gustavo Pfizer dió á la estampa en 1831 *Escenas faustinas*; Holtei concibió al *Mágico prodigioso del Norte*; F. Marlow dió á luz en 1839 un *Fausto* dividido en tres actos fenomenológicos: *Naturaleza, vida, arte*. Otros *Faustos* existen de Harro Harring, Rosenkranz, Nürnberger, Chilsky, Leuburg. En 1847 escribió Heine un poema de baile para el Sr. Lumley, director del Teatro de Su Majestad, en Londres.

El poeta Cristián Dietrich Grabbe concibió la idea de unir en una misma acción al espiritualista Juan Fausto y al sensualista Don Juan Tenorio, encontrándose los dos en la Ciudad Eterna, donde el diablo se los lleva; pero en aquel poema dramático el héroe legendario del Norte, encerrado en el misterioso círculo de sus pensamientos, cede en interés al héroe legendario del Mediodía, al del goce sensual, mientras Mefistófeles interesa más que Leporelo. La creación de Grabbe es originalísima y profunda, esmaltada con imágenes bellísimas y verdaderamente byronianas. El elogio, aun tributado al autor á manos llenas, jamás rebasa el límite de la justicia. ¡Qué hermosa es la descripción de España y de Sevilla en labios de Fausto, cuando con la magia del sentimiento trata de conquistar á D.^a Ana!

El *Fausto* por Nicolás Lenau, que apareció en 1836, es el monumento poético de un escepticismo melancólico, rico en hermosos pasajes líricos pintando el fervor del goce de los sentidos en todas sus fases, y el sentimiento elegíaco. Pero el poeta no ha logrado representar el tipo del pensador aspirando á la verdad, y en vez de éste nos pinta lo fútil y pernicioso de todo saber, lo que parece impropio del espíritu de Lenau.

El *Fausto* de Goethe, «que todo lo escudriñó con ansia viva», ha encendido la fantasía artística. El del libro popu-

lar fué representado de un modo artístico en el grabado de Cristóbal de Siche, presentándose como figura imponente pactando con Mefistófeles, vestido de franciscano. Existe también un hermoso grabado de Rembrandt representando á Fausto en su estudio. Y en la taberna de Auerbach, en Leipzig, que visitó Goethe cuando estudiante, hay dos cuadros de 1525 representando á Fausto y Mefistófeles que cabalgan por los aires. ¡Qué de veces se ha pintado el mágico del poema de Goethe desde Carstens, Cornelius, Retzsch y Delacroix hasta Kaulbach y Kreling!

Como composiciones musicales inspiradas por el Fausto goethiano, citaremos la *Damnación de Fausto*, por Berlioz; las composiciones de los Príncipe de Ratziwill, Schumann, Liszt, Lassen; la *Overtura de Fausto*, por Ricardo Wagner, y las óperas de Spohr, Gounod, Zöllner y la del compositor

italiano Enrique Boito, escrita con el título de *Mefistófeles*.

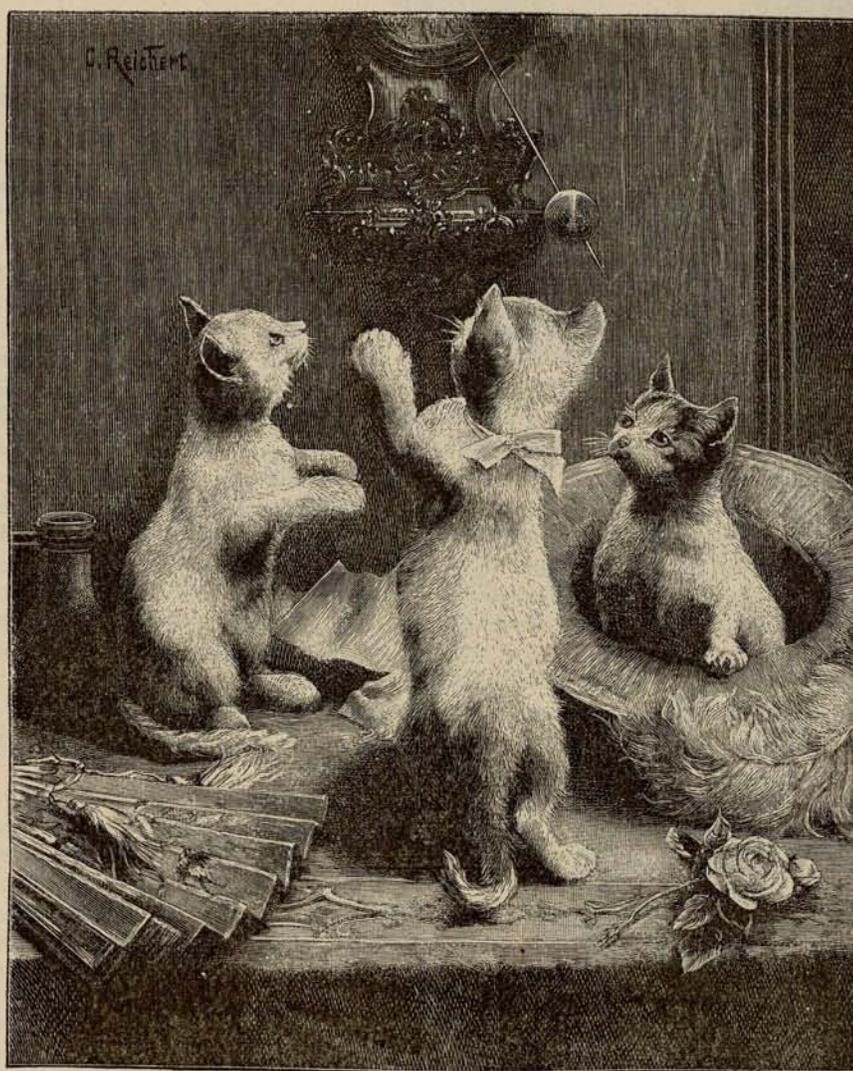
Con motivo del natalicio del rey inmortal de la poesía faustina se celebró en 1893 en la mansión de Goethe, en Francfort, perteneciente al *Freien deutschen Hochstift*, una Exposición curiosísima de obras relativas al Doctor Fausto.

El de Goethe ha de vivir mientras haya en el mundo enigmas indescifrables, semejantes á burlonas esfinges que esperan en vano un Edipo que las arroje victorioso en el mar sereno del progreso.

¡Honor al francés Sabatier, que ha sabido dar idea cumplida del gran poema de Goethe, con el encanto de una versión poética en que cada palabra corresponde al original!

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1894.



LOS RELOJEROS.—CUADRO DE REICHERT.



LAS HOJAS,

SONETOS

I.

LA HOJA DEL ÁRBOL.

El mismo sol que la esmaltó de verde
La abrasa en los ardores del estío;
Si ayer ciñó diadema de rocío,
Hoy diadema, color y vida pierde.

Despojo es del gusano que la muerde
Y el cierzo que la empuja á su albedrío;
Sumergida en el fango ó en el río,
¿Quién habrá que mañana la recuerde?

Hoja, tributo de cariño tierno
De enamorada y púdica doncella,
En vano contra ti luchó el invierno;
Triunfaste de él, como el olvido de ella,
Y, emblema de lo frágil y lo eterno,
¡Hasta marchita me pareces bella!

II.

LA HOJA DE ESPADA.

De tu historia me pierdo en el arcano,
Y mi curiosidad pregunta ansiosa:
¿Fuiste de un héroe el arma victoriosa,
Ó la cuchilla infame de un tirano?

¿En defensa del débil y el anciano
Brillaste, al par que honrada generosa,
Ó rara vez desnuda, y siempre ociosa,
Te llevó como adorno un cortesano?

Hoja, ya por inútil desechada,
¿Mereces el respeto ó el olvido?
Ennoblecida, rota, ó profanada,
¿Qué fin tendrá tu acero corroído?
Yo no lo sé; pero naciste espada,
¡Que no concluyas en puñal te pido!

III.

LA HOJA DEL LIBRO.

Faro de eterna luz, ¡bendito seas!
Y ¡bendita tu magia seductora!
Como difunde claridad la aurora
Vas difundiendo por el mundo ideas.

Cuando no nos ilustras nos recreas,
Guardas cuanto en la vida se evapora,
Y del genio inmortal debeladora,
Con el fulgor del genio centelleas.

¡Hoja, pláceme ver tu lozania!
Fuiste de mis encantos el primero,
Y aun hallo en ti enseñanza y alegría,

Pues tu lenguaje mudo y verdadero
Me habla de amor, de gloria, de poesía.....
¡La religión en que morir espero!

MANUEL DEL PALACIO.

EL ANDAMIO

I.

Don Baltasar era un hombre muy rico. Con la pingüe renta que le producian sus casas edificaba otras, y así todos los años aumentaba su propiedad en una proporción asombrosa.

Vivía en una de sus peores fincas, con una criada sesentona, que era á la vez cocinera y ama de llaves; servidumbre barata y acomodada á los gustos del amo, porque la vieja le tachaba de pródigo.

Llegó á ser en Madrid D. Baltasar dueño de manzanas enteras, todas en los barrios extremos de la población, con habitaciones muy modestas, baratas de construir y fáciles para el alquiler. Había aprendido en su larga práctica del arte del casero que las habitaciones de poca renta la proporcionan mayor y más segura. Siempre es menos difícil desahuciar á un inquilino que debe una mensualidad de treinta pesetas que á otro que no paga una anualidad de veinte mil reales.

Don Baltasar llegó á tener la monomanía de la edificación. Sus paseos diarios, después de la comida y de la cena, aconsejados por el médico como medida saludable, servían al rico propietario de estudio y de observación productiva. Medía un solar con la mirada; calculaba, según el sitio, lo que podría costarle, y al poco tiempo ya era dueño de aquel terreno, donde surgía una casa más, como por arte de magia.

Tienen otros la avaricia del dinero; D. Baltasar tenía la de las casas. No concebía él que nadie pudiera enorgullirse por poseer treinta millones; pero envidiaba al que pudiera ser dueño de treinta casas. Y ya le andaba cerca.

Por eso se consideraba casi feliz, gozando en la contemplación de sus propiedades urbanas, que miraba desde la calle con cariño casi paternal.

II.

Un día D. Baltasar vió turbada la apacible tranquilidad de su vida por un accidente inesperado y trágico.

Ya estaba á punto de quitar el andamiaje y poner la ban-



dera sobre el tejado de una nueva casa en las afueras de la ronda de Toledo, cuando un albañil cayó desde el último piso y quedó muerto en el acto.

La mujer de la víctima y sus cinco huérfanos, el mayor de siete años, se presentaron al día siguiente de la desgracia en casa de D. Baltasar. Lamentóse éste de lo ocurrido, aconsejó la conformidad y la resignación á la viuda, que se deshacía en amarguísimo llanto, no quiso acariciar á los niños por no enternecerse, y les dijo que ya hacía bastante por ellos pagándoles el jornal entero correspondiente al día de la catástrofe, cuando el albañil había dejado de trabajar á las ocho de la mañana.

—Señor, señor—decía la infeliz—me quedo sola en el mundo con estas criaturas; tenga usted piedad de nosotros.

Don Baltasar, con el corazón muy oprimido, acaso más por la dádiva que por la desdicha, le dió un billete de 50 pesetas, y empujando con suavidad á la mujer y á los chicos, que formaban apretado y tristísimo grupo, los puso á la puerta de la calle, diciéndoles:

—Basta, basta por Dios; no puedo oír lástimas; me hacen mucho daño.

La desdichada viuda, con el rostro bañado en lágrimas, volvióse antes de salir y gritó con voz trémula y balbuciente:

—¿Por qué los que hacen ustedes casas no han de poner,

quiera por caridad, unos andamios más seguros? ¡No tienen ustedes conciencia!

Se fué la viuda, D. Baltasar quedó preocupado y meditando, y aquella tarde mandó llamar al capataz de la obra donde había ocurrido la desgracia.

III.

—Sí, señor, sí—le contestó Francisco, hombre ordinario y rudo, pero de corazón generoso y bien templado—no hay otro remedio para evitar estas ocurrencias. ¡Si usted lo hubiera visto! Fué horrible, sobre todo la llegada de la mujer á las doce, con la comida para el pobre albañil. El cadáver estaba allí todavía, porque el juez no se presentó hasta las dos de la tarde. Le aseguro á usted, don Baltasar, que yo y todos los operarios lloramos como unos chiquillos. Era una escena que partía el corazón. En fin, me impresionó tanto, que cuando se llevaron al muerto en una camilla y se marchó la mujer con los niños, acongojada y medio loca, antes de seguir el trabajo, reuní á los canteros y á los carpinteros y á los albañiles, y les dije: «Os juro por la memoria de mi padre y por la salud de mis hijos no encargarme desde hoy de ninguna obra si el dueño no se obliga á poner el andamiaje como Dios manda.» Y los pobrecillos lo agradecieron tanto, que me dieron vivas y todo.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; y aunque usted no me hubiera llamado, yo habría venido para decirle que estoy resuelto á ello, que no quiero..... que no quiero, vamos, ver otra desdicha como la pasada.

—Yo también deseo evitarla, si está en mi mano.

—Claro que lo está.

—Bueno, hombre, bueno. Ya conoces las casas que tengo en construcción; hazme el presupuesto exacto de lo que puede costar eso, y tráemelo mañana.

—Dios le bendiga á usted, don Baltasar.

—Vete con Dios, Francisco.

IV.

La valla para los andamios, según lo proyectado por el maestro, costaría muy cerca de dos mil pesetas. Don Baltasar frunció el entrecejo al ver la cifra, y dijo á Francisco:

—No creí yo que ascendiera á esa cantidad. Déjame aquí el proyecto, y lo estudiaré, lo estudiaré.

Pasaron días y meses, y cada vez que Francisco preguntaba á D. Baltasar cuándo se comenzaba la construcción del vallado, contestaba aquél con evasivas ó hablaba de otra cosa.

Al cabo Francisco se decidió á abordar la cuestión, y dijo así, recurriendo á una mentira piadosa:

—Ayer estuvo á punto de ocurrir otra desgracia en la obra de la calle de las Velas.

—No sabía nada. ¿Qué ha sucedido?

—Pues..... que un carpintero de los que estaban clavando los marcos de las ventanas del último piso sintió así como á

modo de un vahído, y si no le agarra un compañero, se cae á la calle.

—¿Pero no se cayó?

—Afortunadamente.

—Pues que tengan cuidado, hombre, que tengan cuidado. Esa gente es tan poco previsora, que no ve nunca el peligro, y se expone muchas veces sin necesidad, por imprudencia, nada más que por imprudencia.

Francisco miró con fijeza al avaro, que ya se disponía á cambiar de conversación, y rompió al fin diciendo con acento enérgico:

—Oiga usted, don Baltasar, pudiendo evitarlo, no quiero que por mi culpa se mate cualquier día un hombre. Además, lo he jurado y he de cumplirlo: ó se pone la barandilla á los andamios, ó busque usted otro que se encargue de las obras.

—¡Hola, hola!—exclamó D. Baltasar;—esto ya tiene el carácter de una exigencia, y te advierto que yo no tolero imposiciones de nadie. Reformaré los andamiajes cuando lo juzgue conveniente; pero no á la fuerza, sino por mi propia voluntad.

—Así lo deseo, y sólo le suplico que me diga cuándo piensa hacerlo.

—Ya lo he dicho: cuando me parezca bien, y si alguien me lo exige, nunca.

—En tal caso, disponga usted desde ahora de mi plaza.

—Eso se dice pronto, amiguito. Has olvidado sin duda que cuando murió tu madre me pediste prestadas mil pesetas y todavía no me has devuelto más que una cantidad insignificante. En cuanto hayas saldado esa cuenta, podrás considerarte libre para tomar tales resoluciones.

—No había olvidado mi deuda—replicó Francisco—y tan dispuesto me hallo á pagarle, que desde hoy se quedará usted con todo lo que gane hasta que la cobre por completo.

—Así lo haré.

V.

Casi un año trabajó Francisco sin percibir ni la más pequeña parte de su salario, y al cabo de ese tiempo, que vivió empeñando cuanto tenía y adquiriendo otras deudas, se presentó á D. Baltasar para despedirse.

—Ya estamos en paz—le dijo;—ahora, con Dios. Yo he cumplido con mi deber; cumpla usted con el suyo.

El propietario, aun considerando insultante aquella despedida, no contestó palabra y pensó otra vez en la valla de los andamios. Echó de nuevo sus cuentas y resolvió no hacerla. El ejemplo de otros le decidió á dejar las cosas como estaban, y además eran tantas las casas que por entonces estaba edificando, que el vallado costaba más, mucho más que el año anterior.

VI.

Dos años transcurrieron sin que D. Baltasar, cada vez más acaudalado y miserable, hubiese introducido modificación alguna en los andamios de sus obras. Continuaba invirtiendo en casas nuevas el producto de las otras, y vivía lo mismo que cuando sólo era dueño de la primera de sus